

ACELERACIÓN

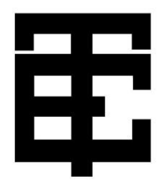
louis g. milk

Ante la expectación de la numerosa concurrencia que llenaba la sala, el profesor Hafpery levantó el objeto con la mano derecha.

—Éste es, señoras y caballeros —dijo en tono enfático—. He aquí la muestra del material de que les he hablado hace unos momentos.

Hizo una pausa. Saboreaba su triunfo de antemano.

—Es fácilmente moldeable —prosiguió—. Tan resistente al frotamiento como el diamante; más resistente a la tensión que el acero, flexible y elástico como el caucho; tan fácil de tejer como el algodón y absolutamente incorruptible, inoxidable e indeformable una vez ha adquirido la forma que se desee. Cualquier cosa hecha de este material puede durar, en los más adversos ambientes, cientos de años.



Louis G. Milk

Aceleración

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 382

ePub r1.0

Título original: *Aceleración*
Louis G. Milk, 1966
Cubierta: Miguel García
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Ante la expectación de la numerosa concurrencia que llenaba la sala, el profesor Hafpery levantó el objeto con la mano derecha.

—Éste es, señoras y caballeros —dijo en tono enfático—. He aquí la muestra del material de que les he hablado hace unos momentos.

Hizo una pausa. Saboreaba su triunfo de antemano.

—Es fácilmente moldeable —prosiguió—. Tan resistente al frotamiento como el diamante; más resistente a la tensión que el acero, flexible y elástico como el caucho; tan fácil de tejer como el algodón y absolutamente incorruptible, inoxidable e indeformable una vez ha adquirido la forma que se desee. Cualquier cosa hecha de este material puede durar, en los más adversos ambientes, cientos de años.

El silencio era absoluto. Hubiera podido escucharse con toda facilidad el vuelo de una mosca.

Por esa misma razón, se oyó cien veces mejor la estridente carcajada que sonó apenas Hafpery terminó su párrafo.

—¡Ja, ja, ja…!

El enjuto rostro de Hafpery se amoratá.

—¿Quién es el imbécil que se está riendo? —preguntó, con muy poco respeto para el rector de la Universidad y altas autoridades científicas que asistían a su conferencia.

—Aquí, el único imbécil que hay es usted, Hafpery —contestó el hombre que se había reído momentos antes.

El hermoso color morado de la cara de Hafpery pasó a azul intenso.

—Tenía que ser usted, Stratov —dijo con voz poderosa, en medio de los murmullos que sonaban intensamente—. ¿A cuánto

vende usted la tonelada de envidia?

—Al mismo precio que usted el kilómetro cuadrado de ignorancia. La suya es tanta, que si fuese una manta, podría abrigar de una sola vez a todos los habitantes de la Tierra —respondió Stratov con aguda causticidad.

Stratov era la antítesis de Hafpery. Éste era alto, delgado, huesudo, casi esquelético.

Stratov parecía una bola con otra más pequeña encima de los hombros y cuatro protuberancias alargadas que formaban los brazos y las piernas. Tan risible era la figura del uno como la del otro.

—Cuando nació usted —contestó Hafpery—, todos creían que era un venusino. Pero no, el color verde de su epidermis era de la envidia que ya le comía entonces. Lo que pasa es que ahora se pinta la piel.

—Es cierto —admitió Stratov—. Me pinto la piel. Pero al menos, no me siguen los perros, esperando que se me desprenda un hueso del cuerpo en cualquier momento.

El rector Wahabi se puso en pie y alzó los brazos.

—Caballeros —mugió, al borde de la congestión—. Estamos en una Universidad, no en un mercado.

—Persa —dijo un bromista, aludiendo a la nacionalidad del rector.

La sala estalló en una inmensa carcajada. Abrumado, el rector se sentó.

—Haga usted lo que pueda, Smith —dijo al vicerrector, que estaba sentado a su lado.

—Sí, doctor Wahabi.

Smith se puso en pie.

—Ruego a los distinguidos profesores que depongan sus diferencias o que, por lo menos, las solventen en otro lugar que este salón de actos. De lo contrario…

—¡Un momento, profesor Smith! —gritó Stratov.

El vicerrector se volvió. Stratov se hallaba en la séptima fila.

—¿Sí, doctor?

—El profesor Hafpery, cuyo nombre, como el más lerdo sabe, significa en escocés antiguo, pellejo lleno de huesos, asegura que su material puede durar cientos de años, en las más adversas condiciones. ¿Cómo podría demostrar una afirmación semejante?

Smith miró al conferenciante.

—Tenga la bondad de responder a esa objeción, profesor Hafpery —pidió.

—Con mucho gusto, vicerrector —contestó el aludido.

El rector Wahabi tenía una mano sobre los ojos. Presentía la catástrofe.

Hafpery continuó:

—Mi distinguido antagonista, el doctor Stratov, cuyo nombre, como saben hasta los analfabetos, significa en siberiano primitivo, comedor de carroña, pregunta cómo puedo demostrar que mi material dura cientos de años sin la menor alteración en su estructura. Se lo diré y también a la distinguida concurrencia. Porque lo sé.

Stratov volvió a reír. Su risa se contagió a algunos.

—¡Silencio! —bramó Smith.

—El profesor Hafpery me ha dado la misma respuesta que un enamorado da a la mujer amada —exclamó Stratov—. «¿Por qué me quieres, Joe? Porque sí, Nancy». ¿Es ésa la respuesta de un científico?

Smith se volvió nuevamente hacia el profesor Hafpery.

—Dejando aparte las indirectas de carácter personal, creo que el doctor Stratov tiene razón, profesor. Su respuesta no tiene nada de científica.

—¿Es que acaso puede ver el porvenir? —preguntó Stratov.

Hafpery tenía los labios prietos.

—Puedo contestar que he sometido a mi material a todas las pruebas imaginables…

—Pero ¿han pasado siquiera trescientos años desde que usted fabricó la primera hilacha? ¿O es que piensa vivirlos? —preguntó Stratov.

El torso del conferenciante se hinchó.

—Pues bien —contestó—, ya que me obliga a ello, lo diré. Mi material ha sido sometido a la irrefutable prueba del acelerador.

—¿De su coche? —rió Stratov.

—No. Acelerador temporal. Del tiempo, si entiende usted el significado de las palabras, cosa que dudo.

—¡Un acelerador temporal! ¡Ese hombre se ha vuelto loco!

—¡El loco lo será usted, bola de sebo! —gritó de pronto uno de

los asistentes al acto, partidario de Hafpery.

—Eh, tú —dijo otro—, no insultes a Stratov o te partiré la boca.

—Atrévete, cobarde.

Los dos estudiantes se lanzaron el uno contra el otro.

El rector quiso intervenir para apagar el tumulto antes de que fuese demasiado tarde. No pudo conseguirlo.

En esta clase de disputas, siempre hay quien aprovecha la ocasión para ajustar cuentas particulares. El profesor McMurdo tenía una pendiente con el rector, a causa de una postergación que creía injusta.

McMurdo agarró una silla. Wahabi se desplomó, envuelto en los restos de la silla.

Smith golpeó el estómago de McMurdo. Éste se agarró a su nariz.

La sala de conferencias se había convertido en un campo de Agramante en contados segundos. Larry DeMira, capitán de policía, maldijo la circunstancia.

A Larry, el material de Hafpery, su rivalidad con Stratov y hasta la ciencia le tenían sin cuidado.

Larry no hubiese entrado en la Universidad aquel día, de no haber andado tras las huellas de Matt Colpini, un peligroso forajido a quien tenía orden de capturar vivo o muerto.

Colpini tenía un aspecto distinguido, y un olfato sensacional para diferenciar a los policías de los demás mortales. Creyendo despistar a Larry DeMira, se había mezclado con el público asistente a la conferencia.

Pero el olfato de Larry no cedía ante el del rufián. Lo único que le contenía era que conocía la facilidad de Colpini para tirar de gatillo y por ello quería evitar víctimas inocentes.

Sin embargo, el tumulto podía impedirle la captura de Colpini. Quiso avanzar hacia el forajido, pero un estudiante que parecía una montaña de carne le salió al paso.

—¿De quién eres partidario, pimpollo? —preguntó el estudiante.

—Apártese de mi camino —gruñó Larry.

—Conque de Stratov, ¿eh? ¡Pues ahora verás!

El estudiante cargó contra Larry. Éste se agachó, metió el hombro y un segundo más tarde, su adversario volaba por los aires para caer en medio de un grupo de profesores que inútilmente

trataban de pacificar los ánimos.

Alguien tiró una silla contra el conferenciante. Hafpery se agachó y la silla pasó por encima de su cabeza.

Inmediatamente, agarró la mesa y la arrojó contra el que le había tirado la silla. Wahabi se incorporaba en aquel momento.

El rector cayó por segunda vez. Mientras, Larry trataba de abrirse paso en aquel espantoso pandemónium.

De pronto, oyó un agudo chillido y percibió el revoloteo de unas faldas.

Larry extendió los brazos instintivamente. Sin saber cómo, se encontró con que estaba sosteniendo a una hermosa rubia, de rostro seductor y formas escultóricas.

La rubia le dirigió una hechicera sonrisa.

—Hola, encanto. Gracias por el campo de aterrizaje —dijo.

—Está cerrado el tráfico aéreo —contestó Larry. Y abrió los brazos.

La rubia cayó al suelo, el que recibió el impacto de la parte más carnosa de su anatomía.

—¡Ay! —gritó.

Larry avanzó un paso, pues Colpini se le escapaba.

En aquel momento, Larry sintió un tremendo golpe en la nuca.

La cabeza empezó a darle vueltas. Una sonrisa de idiota felicidad apareció en sus labios.

Larry se venció hacia delante. Sólo veía piernas que bailaban una danza frenética, enloquecedora.

De pronto, todo se hizo de noche.

CAPÍTULO II

Cuando Larry despertó, creyó hallarse en el infierno, a juzgar por los gemidos que oía en torno suyo.

Abrió los ojos. Un médico estaba vendando la cabeza del rector Wahabi. El vicerrector, un poco más allá, se contemplaba con aire melancólico el hermoso morado que tenía en el ojo izquierdo.

Tres o cuatro médicos asistían a los lesionados en el tumulto. Uno de ellos terminó de poner una venda en el brazo de la rubia.

—Lista, señorita Evans. Dentro de una semana, podrá levantarse el apósito.

—Gracias, doctor —contestó la chica, con una encantadora sonrisa.

De pronto vio a Larry, que se había sentado en la mesa donde había sido depositado, tras ser recogido del suelo en la sala de actos.

—Hombre, si está ahí el… —dijo.

Se acercó a Larry.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Qué es lo que siente usted? —preguntó él.

—Le di un golpe con el palo de una silla. Perdóneme.

Larry frunció el ceño.

—Una chica tan bonita debería tener otros modales —gruñó.

—Tiene usted razón, pero la intervención de Stratov me puso furiosa. Y si a ello añadimos que… usted cerró al tráfico su aeródromo particular…

Larry esbozó una sonrisa. Ella se tapaba la boca para no reír.

—Olvidémoslo —dijo él magnánimamente.

—Gracias. Me llamo Gussie Evans. Augusta es mi nombre completo.

—Soy Larry DeMira. Hola, Gussie.

—Encantada, Larry. ¿Estudiante?

—No.

—¿Profesor de otra universidad, acaso?

—Tampoco.

—Curioso, entonces.

—Curiosa usted, Gussie. —Larry puso las piernas fuera de la mesa—. Me hizo usted polvo, de verdad.

—Se le pasará pronto. Sólo es un chichón…

—No, si no me refería al golpe.

—¿Qué es lo que quiere decir, Larry?

Un hombre con bata blanca se acercó en aquel momento.

—¿Cómo se encuentra, capitán DeMira? —preguntó.

—Bien, doctor Latimer. Tengo la cabeza dolorida, eso es todo.

—Póngase unas compresas de agua fría. La doctora Evans puede ayudarle.

El médico se marchó. Larry miró a Gussie.

—Doctora, ¿eh? Pues más parece corista de una comedia alegre —dijo, mirándole descaradamente las piernas.

Ella enrojeció un tanto.

—¿Acaso la hermosura está reñida con la ciencia? —exclamó, irritada.

—No, si pensamos en la cantidad de laboratorios que se dedican a la fabricación de cosméticos —contestó Larry en tono mordaz.

—Yo no soy cosmética, sino doctora en ciencias temporales.

—¡Atiza!

—¿Qué le pasa? ¿Es que no había oído nunca hablar de esa ciencia?

—No, desde luego. Pero…

—El doctor Latimer le llamó capitán. ¿Del Ejército, Larry? —preguntó ella.

—De la policía.

—¿Y qué hacía un policía en la Universidad, si puede saberse?

—Perseguir a un criminal, ¿qué se creía?

—Podía haber perseguido a Stratov —rezongó Gussie.

—Ése no me interesaba en absoluto. Usted me impidió atrapar al hombre a quien perseguía.

—¿Quién es?

—Matt Colpini, un peligroso rufián, cuya cabeza está pregonada. Bueno, me marcho, Gussie. Disgustado de haberla conocido —dijo Larry con desparpajo.

—Aguarde un momento. Yo también me marcho. Quiero irme de aquí.

La enfermería de la universidad se vaciaba. Dos robustos auxiliares sacaron al rector, sosteniéndolo por los brazos.

Wahabi gemía doloridamente.

—Expulsaré a esa pareja de cafres —prometió.

Gussie rió.

—Pobre rector —dijo—. Él ha sido, a fin de cuentas, el que ha pagado el pato.

—Usted se olvida de mí —gruñó Larry, franqueando la puerta.

—Repito que lo siento. Si lo hubiera sabido…

—Hombre, no iba a entrar con un cartel en las manos, pregonando mis intenciones. Me interesaba mucho que Colpini no se diera cuenta de mi presencia.

—¿Y por qué no le detuvo de inmediato? —se extrañó Gussie.

—Porque siempre va armado y, a la menor señal de peligro, empieza a tiros con todo el que se le pone por delante. No quería que se produjeran víctimas inocentes.

—Entiendo —dijo ella pensativamente—. Y ahora, por mi culpa, le ha perdido de vista.

Salieron al patio de la universidad. Había numerosos corrillos comentando lo ocurrido.

—Así es —suspiró Larry.

—Me gustaría hacer algo por compensar mi error —dijo Gussie sinceramente.

—No se preocupe —contestó él—. Lo más probable es que no hubiese podido alcanzarle. Había demasiada gente entre él y yo.

—Entonces, ¿abandonará el empeño?

Larry movió la cabeza.

—No. Colpini es mi presa. Tengo que seguirle, incluso al centro de la Tierra.

—¿Qué le harán cuando le detengan?

—Será juzgado por varios delitos, asesinato entre ellos.

—Ahora no hay pena de muerte —dijo Gussie.

—Sí, pero lo enviarán a la Fortaleza Negra. No sé qué es peor.

La chica se estremeció.

—Debe ser horrible cumplir una condena en Plutón —exclamó.

—No tiene nada de atractivo, desde luego. Pero los hombres como Colpini no se merecen otra cosa.

Ya habían atravesado el patio. Larry tenía su automóvil estacionado junto a la acera.

—De todas formas —sonrió—, celebro haberla conocido, Gussie.

Ella le tendió una mano. Era fina y delicada, pero ejercía una fuerte presión.

—Yo también, Larry. Y una vez más lamento…

—Bah, olvídelo. Adiós, Gussie.

—Adiós, Larry.

El policía entró en su coche. Segundos después, se elevaba en el aire.

Meneó la cabeza, preocupado.

—Doctora en ciencias temporales —masculló—. ¿Qué diablos debe ser eso?

Por su parte, Gussie quedó en la acera durante algunos momentos todavía.

—Es un tipo muy apuesto —murmuró. Y como nadie la oía más que ella, añadió—: Me gustaría volver a verle.

* * *

Matt Colpini llegó a su refugio sudando de miedo.

Ciertamente, no temía a DeMira, sino a lo que vendría después. Cada vez que pensaba en la posibilidad de veinte años en Plutón, perdía el color.

Entró en la casa. Una voz soñolienta dijo:

—¿Eres tú, Matt?

—¿Quién diablos quieres que sea? —Gruñó el forajido en tono descompuesto—. ¿Acaso esperas a otro?

Se dirigió al aparador, sacó una botella y un vaso y vertió en éste una generosa dosis de licor, que despachó de un trago.

Una mujer apareció en la puerta del dormitorio. Tendría unos treinta años, el pelo negro y un cuerpo de curvas exuberantes.

—Parece que hayas visto a un fantasma, Matt —comentó.

—Déjame en paz —gruñó el forajido.

Ella se encogió de hombros y se anudó el cordón de la bata.

—Como quieras —contestó.

Se sentó en el diván, buscó una lima y empezó a retocarse las uñas.

—Ese fantasma —dijo sin aparente intención—, ¿se llama DeMira por casualidad?

El rufián lanzó un gruñido de cólera.

—Te he dicho que me dejes en paz, Nancy —masculló.

—Bueno, hombre, bueno, no es necesario que te pongas como un perro rabioso para decir las cosas. Si lo miramos bien, yo sólo quería ayudarte… ya que tus amigos parecen haberte abandonado.

—Ellos no pueden hacer nada en mi favor. Están vigilados constantemente y tú lo sabes.

—Pero cuando alguno de ellos estuvo en peligro, tú le ayudaste sin reparar en lo que te podía pasar —alegó la morena—. ¿Ése es el agradecimiento que te tienen?

—Déjalos en paz, Nancy. Aparte de ti, nadie más sabe que éste es mi escondite. Pero no puedo seguir en él por mucho más tiempo.

Nancy sonrió.

—DeMira tiene un olfato de sabueso, es verdad. Tendrías que ocultarte por una larga temporada.

—Y ¿dónde? ¡Como no me esconda bajo tierra!

—¿Por qué no vas a una compañía de hibernación y vida suspendida? —sugirió Nancy.

—Por la sencilla razón de que el primer documento que me pedirán será un certificado policial universal de no estar perseguido por ningún delito. De otro modo, todas las compañías que se dedican a eso, tendrían en sus locales de hibernación atestados de tipos como yo. ¡Y la policía acude allá cada día, para revisar a los internados!

Nancy meneó la cabeza.

—Entonces, no te queda más remedio que dejar pasar el tiempo. Como sea, Matt. Que pase el tiempo… y que DeMira se olvide de ti.

Colpini se sentó en el diván, con un vaso lleno en la mano.

—Que pase el tiempo —murmuró pensativamente—. Sí, ésa podría ser una buena solución.

CAPÍTULO III

Gussie Evans tomó las dos ratitas blancas y las introdujo en una caja, cuya tapa cerró de inmediato.

—Ya está, profesor —dijo en voz alta.

Hafpery se hallaba en la habitación contigua.

—Un momento, doctora. Salgo en seguida.

Gussie encendió un cigarrillo. A través de las azules espirales de humo contempló el enorme artefacto que había en un rincón.

Era una gran caja cuadrada, de unos tres metros de alto, por dos de lado. Estaba construida de metal, forrado de aislante, y sólo unas ligeras ranuras en una de sus caras indicaban que había una puerta para poder penetrar en su interior.

Aquel aparato era el acelerador temporal que había inventado el profesor Hafpery. Dentro del mismo, el tiempo transcurría, según su inventor, de una forma mucho más rápida, dependiendo esta rapidez de los deseos del operador del aparato, cuyo tablero de mandos se hallada situado a la derecha, a poca distancia.

Hafpery salió al fin.

—Condenado Stratov —masculló entre dientes.

—¿Todavía se acuerda de él? —preguntó la chica, sonriendo.

—No puedo quitármelo de la cabeza. ¡Discutir mi invento! ¡Él, que no sabría distinguir entre una rueda de carro y una pierna ortopédica!

Gussie se echó a reír al escuchar la pintoresca comparación del científico. Levantó en alto la caja y se la enseñó:

—Los sujetos experimentales están listos —dijo.

—Está bien —gruñó Hafpery—. ¿Los ha buscado jóvenes, doctora Evans?

—Apenas tienen una semana de existencia, profesor.

—¡Estupendo! Cuando salgan del acelerador, estarán a punto de perecer de senilidad. Eso demostrará a Stratov que…

—A Stratov no le demostrará nada, puesto que no está delante —cortó Gussie—. Olvídese de él, profesor.

—Sí, tiene usted toda la razón, doctora.

Hafpery agarró la caja con los dos cobayos y se acercó al tablero de instrumentos. Manejó una palanca y la luz de «Funciona» se encendió en el acto.

Presionó otra tecla. La puerta del aparato giró silenciosamente a un lado.

Hafpery se metió en el acelerador. En el centro del hueco había como una especie de pedestal de un metro de altura, con una pequeña plataforma en su parte superior.

Colocó la caja con las ratas en la plataforma y echó un vistazo al interior.

En la parte superior, así como en las aristas laterales y en las inferiores, había una serie de pequeños focos, muy juntos, todos los cuales apuntaban, de una manera convergente, hacia la plataforma donde se hallaban las cobayas. Los focos no emitían resplandor alguno y, de haber sido prolongados por imaginarias líneas rectas, sus trayectorias se habrían unido exactamente en el centro de la plataforma.

—Bueno —dijo a media voz—, esto está listo.

Salió del acelerador y cerró la puerta desde el cuadro de instrumentos. Luego presionó una tercera tecla.

Varias esferas, graduadas con cifras, se iluminaron en el acto. Eran los indicadores temporales, separados por años, meses, días, horas, minutos y segundos.

Gussie contemplaba atentamente las manipulaciones del profesor. Hafpery fue marcando en las diversas esferas el tiempo que debía transcurrir en el interior del acelerador, mientras en el exterior del aparato el tiempo seguía su curso normal. Al terminar, una lucecita verde se encendió en el tablero.

Esto significaba que el acelerador se hallaba en su penúltima fase de funcionamiento.

Hafpery marcó otra cifra en una esfera un poco separada de las restantes. Era la cifra sesenta, correspondiente a otros tantos segundos.

Finalmente, presionó una tecla roja, que destacaba entre las demás.

Una aguja empezó a moverse en la esfera cronométrica. Los ojos de Gussie contemplaban fascinados el avance de la aguja.

Un minuto después, una luz ámbar empezó a titilar en el cuadro de mandos.

—Experimento concluido —anunció Hafpery con satisfacción.

Fue desconectando diversos mandos, al mismo tiempo que hablaba por encima del hombro.

—Es preciso detener el aparato antes de entrar en él —explicó —. De otro modo, se corre el peligro de penetrar en alguna oleada de tiempo acelerado, no reducido aún al normal.

Gussie asintió en silencio.

Finalmente, Hafpery abrió la puerta.

El profesor se dirigió hacia el aparato. Entró y volvió a salir con la caja de cobayos en la mano, que colocó sobre una mesa cercana.

Durante unos momentos, reinó el silencio en el laboratorio.

Hafpery levantó los ojos.

—¿Qué ha pasado, doctora? —preguntó en tono lastimero.

Los cobayos correteaban por la caja como si no hubiera pasado nada. Su aspecto era el mismo que tenían antes de ser sometidos a la acción de un campo temporal acelerado.

—Lo ignoro, profesor —contestó Gussie.

Los dedos de Hafpery tabalearon sobre la mesa.

—Aquí debe de haber un error —murmuró.

—Podemos revisar todos sus cálculos —sugirió Gussie—. Tal vez la acción de…

Hafpery meneó la cabeza.

—No, no se trata de la acción del acelerador de partículas temporales.

Se lanzó de pronto sobre el tablero de control y lo examinó rápidamente durante unos segundos.

—Había llegado a pensar que se trataba de una caída imprevista de la tensión, pero el voltaje que señala el amperímetro es correcto —dijo.

—Le ayudaré a revisar los cálculos, profesor —se ofreció Gussie.

—No, muchas gracias, doctora. Esto es algo que haré yo solo… y además, no puedo hacerlo aquí. ¿Sabe que la revisión de mis

cuadernos me llevaría un año, por lo menos?

—¿Puedo silbar? —preguntó ella sonriendo.

—Hágalo —sonrió Hafpery también—. Me llevaré los cuadernos a la Calculadora Central de la Universidad. En veinticuatro horas tendré la solución.

—¿Señalará el error la calculadora?

—Sin lugar a dudas —afirmó Hafpery, convencido. Consultó su reloj—: Pero hoy es ya demasiado tarde. Iré mañana a las nueve, y pasado, a la misma hora, sabré en qué estriba el error.

Miró a la chica y volvió a sonreír.

—Mientras tanto, tómese un descanso, doctora —indicó.

—Estaré pasado mañana aquí, a las nueve en punto, profesor —prometió Gussie.

* * *

El capitán Larry DeMira casi lanzó un grito cuando su ayudante, sargento Witzer, le entregó varias tarjetas de color rosa fuerte.

—Aquí están, capitán —dijo.

—Sargento, vaya usted a la recepcionista y dígale que le dé un beso de mi parte —exclamó el joven, sonriendo—. Yo no se lo voy a dar, como puede comprender.

—Lo haré apenas salga, capitán —sonrió Witzer. Y preguntó acto seguido—: ¿Cree que de este modo conseguirá dar con Colpini?

—¡Indudablemente! —contestó DeMira. Golpeó las tarjetas con el índice—. Éstas son las fórmulas micromoleculares de Colpini y de dos de sus secuaces más conspicuos, Hal Prett y Nick Barànyi. No sé dónde está Colpini, pero sí conozco los lugares que suelen frecuentar Prett y Barànyi. Uno de los dos me dirá el escondite de su jefe, téngalo por seguro, Witzer.

—Así sea —declaró el sargento fervorosamente—. Y como supongo que le agradará ir solo, me retiro con toda modestia a recoger de la recepcionista el premio a mi labor. Hasta luego, capitán.

—Adiós, Witzer.

Al quedarse solo, Larry separó las tarjetas y las estudió cuidadosamente durante algunos minutos. Luego, satisfecho, extrajo del cajón de su derecha un aparato que colocó frente a sí.

Era una caja de metal pintada de negro mate, de unos veinte centímetros de longitud, por quince de anchura y cuatro de grueso. La caja se hallaba dentro de una funda de imitación cuero, del mismo color, dotada de unas correas en forma de arnés axilar.

Había algunas pequeñas esferas en la caja, además de unas cuantas teclas de control. DeMira copió exactamente las fórmulas, marcándolas en la diminuta memoria de la caja, que no era otra cosa que un detector de fórmulas micromoleculares.

En un radio de quinientos metros, el detector señalaría indefectiblemente la presencia de uno de los tres sujetos, así como la dirección en que se hallaba con respecto al observador.

Bastaría, pues, seguir los impulsos del detector para encontrar a su presa. Era con un aparato semejante con el que DeMira había encontrado a Colpini, pero el detector había resultado destrozado en la épica pelea que tuvo lugar en la universidad.

DeMira vestía de paisano. Una especie de blusa, que podía pasar por chaqueta, amplia y holgada, de color azul claro, camisa blanca, abierta, y pantalones ajustados de color gris oscuro constituían su indumentaria. Era ligera y resultaba cómoda.

Se quitó la blusa y ajustó los arneses al hombro derecho. En el izquierdo llevaba una funda con la pistola.

El detector disponía de un auricular, que introdujo en su oído. El auricular a la vez receptor de radio, que sólo recogía las emisiones del detector. De este modo, quedaba suprimido el cordón y el auricular quedaba casi disimulado por completo.

Los bandidos conocían la existencia de tales detectores. Hubieran podido sospechar de un individuo con un aparato supuestamente corrector de la sordera.

DeMira sabía que tanto Colpini como Prett y Barànyi mugían cada vez que se les mencionaba la fórmula micromolecular. Esto era algo que se tomaba a cada recién nacido, así como las huellas dactilares, por imperativo de la ley.

Cuando a ellos se les registró la citada fórmula, no estaban en disposición de burlar la ley. A los ocho días de su nacimiento, las preocupaciones principales de un humano consisten en alimentarse, dormir y dar la lata a los padres de cuando en cuando.

DeMira se puso la blusa y se la cerró hasta la mitad solamente, pues así podía tener a mano la pistola.

—Bien —exclamó, con aire satisfecho—, y ahora… ¡salgamos de caza!

Silbando una alegre tonadilla, abandonó su despacho.

CAPÍTULO IV

El Cuarto Barrio era el lugar preferido por Prett y Barànyi. Tratábase de un distrito de la ciudad de tipo corriente, ni muy lujoso ni decididamente mísero. DeMira sabía que los forajidos pasaban por personas decentes y por dicha razón solían vivir en el Cuarto Barrio.

El detector permanecía silencioso. Durante largo rato, DeMira paseó por las calles del barrio, esperando inútilmente que el aparato emitiera las señales que le hubiesen indicado la proximidad de uno de los tres hombres a quienes buscaba.

—Tal vez están en otra parte, planeando o ejecutando alguna de sus fechorías —se dijo para consolarse de su fracaso.

Ya pensaba en abandonar la búsqueda por aquel día.

De pronto, el auricular emitió un débil «pip».

El cuerpo del joven se puso en tensión.

Uno de los forajidos se hallaba a menos de quinientos metros de distancia.

Detuvo su marcha dos pasos más adelante. Los «pips» dejaron de oírse.

Retrocedió. Las señales sonaron de nuevo, aunque muy débiles, apenas audibles.

Giró lentamente a su derecha. La señal desapareció.

Invirtió el sentido de giro lentamente, hasta que captó otra vez los «pips» delatores, con un sonido más pronunciado que las veces anteriores. El ligero aumento de volumen y la relativa frecuencia de las señales le indicaron la dirección correcta.

Tenía frente a sí una amplia calle, flanqueada por edificios todos parecidos entre sí. Aunque había aceras deslizantes para los peatones, DeMira prefirió caminar por el trozo fijo.

De cuando en cuando, con gran lentitud, movía el torso a los lados, con objeto de fijar con más exactitud la dirección del lugar de donde llegaban las señales.

El detector señalaba siempre hacia delante. Así recorrió un trecho de trescientos metros.

Bruscamente, los «pips» sonaron mucho más fuertes y rápidos. DeMira comprendió que uno de los tres rufianes se hallaba ahora a menos de treinta metros de distancia.

Miró en torno suyo. Divisó varias tiendas y las desechó sucesivamente. Ninguno de sus tres perseguidos era hombre que frecuentase las floristerías, pastelerías o comercios de ropa.

Pero en cambio sí divisó un bar.

El local tenía un título curioso: *El Mordisco en la Garganta*. Se entraba por una puerta situada a nivel de la acera y luego era preciso descender una docena de escalones.

DeMira se acercó al bar con cautela, aunque fingiendo indiferencia. No cabía la menor duda; el detector estaba señalándole la presencia de uno de los tres rufianes.

Inspiró un par de veces y luego emprendió el descenso. El bar estaba semidesierto a aquellas horas.

Se acercó al mostrador.

—Cerveza —pidió.

—Al momento, señor —contestó el barman.

El local estaba montado a la antigua. Había muchos lugares semejantes. Esto atraía clientela.

A la gente le gustaba ser servida por humanos y no por máquinas, a pesar de que en los locales automáticos el servicio era infinitamente más limpio y rápido.

Por dicha razón, detrás del bar había un espejo que tenía casi la longitud del mostrador. Con disimulo, DeMira escrutó el local a través del espejo.

El barman llegó con el jarro de cerveza. En aquel instante, DeMira descubrió a uno de sus perseguidos.

Era Barànyi, un húngaro pequeño, cetrino y de ojos estrábicos. El detector continuaba funcionando.

DeMira efectuó una presión con la mano, a través del blusón. El detector cesó de funcionar en el acto.

Asió la jarra y se la llevó a los labios. El rufián no parecía

haberse dado cuenta de su presencia. Charlaba tranquilamente con dos tipos de aspecto tan poco recomendable como él.

De pronto, Larry percibió un gusto desagradable en la cerveza. La bebida tenía un amargor excesivo.

Apenas si había tomado un sorbo. Dejó la jarra sobre el mostrador en el acto.

—¡Barman! —llamó.

El hombre acudió en el acto.

—Diga, señor.

Larry le señaló la jarra.

—Bébase la cerveza —ordenó.

El barman le miró sonriendo.

—El señor está de broma —dijo.

—Sí. Mi humor es hoy excelente. Por eso le digo que se beba la cerveza. Si antes de treinta segundos no se ha caído usted redondo debajo del mostrador, es que me he convertido de repente en un asno, Bill.

—Me llamo Jake, señor.

—Pues entonces, ¡adelante, Jake! —dijo el joven con voz dura.

Jake tomó la jarra.

—Voy a demostrarle que sus sospechas son infundadas, señor —manifestó.

Y de pronto, sin previo aviso, lanzó el contenido de la jarra al rostro del joven.

Larry quedó cegado por unos instantes. Maldijo su torpeza.

La voz de Jake sonó atronadoramente.

—¡Aprovecha la ocasión, Nick! ¡Lárgate!

Larry oyó pasos acelerados por detrás de él. Barànyi corría hacia la salida.

Se limpió los ojos como pudo. En aquel instante, Barànyi alcanzaba la puerta.

Su silueta se recortó durante un instante contra el fondo más luminoso de la calle. Larry hubiera podido disparar contra él, pero le quería vivo y, además, no deseaba causar víctimas inocentes.

Rabiando de ira, se lanzó hacia la escalera, que salvó en tres saltos. Alcanzó la puerta y salió a la calle.

Barànyi la cruzaba en aquel instante. Larry era joven y estaba bien entrenado. Confió en alcanzarle.

Pero, de repente, tropezó con un transeúnte y lo derribó al suelo. El vaciló un momento y acabó por caer también.

Sonó un agudo grito femenino. Larry captó el ruido de varios paquetes al desparramarse por el suelo. Luego, su mandíbula chocó contra el duro pavimento.

Durante unos segundos, permaneció inconsciente. Su desmayo duró poco, apenas medio minuto.

Haciendo un esfuerzo, se sentó en el suelo. Parecíale como si una mula le hubiese coceado el mentón.

Vagamente oyó una voz femenina que le apostrofaba, muy irritada.

—¡Bruto! ¡Estúpido! ¿No podía usted mirar por dónde iba?

Larry sacudió la cabeza. Todavía tenía brumas en los ojos.

Oyó ruido de vidrios rotos. La mujer se lamentó.

—¡Mi pobre jarrón! ¡Y pensar que me había costado cincuenta «garants»!

El joven alzó la cabeza. Dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Me hubiera extrañado muchísimo tropezarme con otra persona, doctora Evans —dijo.

Gussie estaba muy ocupada recogiendo los paquetes dispersos por el suelo. Al oír que pronunciaban su nombre, volvió la cabeza.

—¡Larry! —exclamó, atónita—. ¿Qué hace usted aquí?

—Contemplando las estrellas en pleno día —rezongó él, acariciándose la mandíbula—. Por eso, como miraba a lo alto, atropellé a una chica guapa que pasaba por mi camino.

Gussie terminó de recoger todos los paquetes, menos uno.

—Parece ser que perseguía a alguien, ¿eh? —dijo.

—Es mi sino —contestó Larry, poniéndose en pie—. Siento lo de su jarrón.

—Y yo siento haberme interpuesto en su camino —declaró ella, con brillante sonrisa—. También es mi sino. ¿Era Colpini?

—No. Uno de sus amigotes.

Larry conectó de nuevo el detector. Permaneció mudo.

—Se largó —dijo, con un suspiro de resignación.

—Créame que lo lamento de veras, Larry —contestó la chica—. Si lo hubiera sabido…

—¿Vive usted aquí? —preguntó él.

—A un kilómetro escaso, Larry. Para compensarle de su fracaso,

le invito a tomar una copa en mi casa.

—La acepto con gusto, pero antes habrá de esperarme unos minutos.

Larry giró sobre sus talones y entró de nuevo en el bar.

Había otro empleado tras el mostrador.

—¿Dónde está Jake? —preguntó.

—Se ha ido, señor.

Larry sacó a relucir su insignia.

—Dígame dónde vive.

—Lo siento, oficial —contestó el hombre—. Jake era un empleado temporero. Lo contraté para que me ayudase durante la enfermedad de mi mujer. Hoy mismo debía despedirle… pero, a juzgar por las prisas con que se ha marchado por la puerta trasera, temo que no vendrá a cobrar su sueldo.

—Entonces, ¿no conoce su domicilio?

—No, señor. Créame que yo…

El dueño de *El Mordisco en la Garganta* sudaba de miedo. Había incumplido la ley al contratar a un empleado y no registrar su contrato, y sabía que la policía podía clausurarle temporalmente el local.

—¿Conoce usted a un tal Nick Barànyi?

—Sí, pero no sé dónde vive. Se lo aseguro, oficial.

—Está bien. Si vuelve por aquí, avise inmediatamente al capitán DeMira o al sargento Witzer. Si no lo hace, ya puede ir pensando en traspasar el local.

—Sí, señor. Descuide, así lo haré —prometió el individuo.

Larry salió a la calle. Gussie le aguardaba frente a la entrada.

—¿Consiguió algo, Larry?

—No. —El joven hizo una mueca—. Parece que me persiga la mala suerte con este Colpini.

Se pegó un fuerte golpe en el costado y desconectó el detector.

—¿Qué hace usted? —preguntó ella, extrañada.

—Nada, no se preocupe. —Larry sonrió—. Bueno, ¿qué hay de esa copa que me prometió?

—Vamos a tomarla —sonrió Gussie.

CAPÍTULO V

Larry DeMira tomó la copa que le ofrecía la chica y sonrió:

—Espero que no esté narcotizada, como la cerveza que pretendían hacerme beber en el bar —dijo.

Los ojos de Gussie expresaron cierto temor.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Absolutamente, Gussie.

—Entonces, es que ése Colpini es un sujeto de cuidado.

—No lo sabe usted bien. Nos ha costado mucho trabajo reunir las pruebas que pueden enviarle a Plutón y él lo sabe. Por lo tanto, está haciendo todos los esfuerzos para escapar a su destino.

—Pero puede marcharse de la ciudad. La Tierra es muy grande…

—No puede hacerlo por medios ordinarios. Tendría que atravesar una serie de controles muy rígidos y sería detenido en el acto.

—Lo cual significa que su interés estriba en permanecer oculto.

—En efecto, Gussie. —Larry probó el licor y chasqueó la lengua apreciativamente—. Está muy bueno —alabó.

Y luego miró a la chica y sonrió.

—Pero dejemos a Colpini a un lado y hablemos de cosas más gratas —dijo—. De usted, por ejemplo, y de las ciencias temporales, en las cuales es usted, doctora. ¿Qué es eso, Gussie? Le confieso que no había oído hablar jamás de una cosa semejante.

—Bien —sonrió ella—, su propio nombre lo indica. Es una rama de la física que se ocupa del tiempo. Verdaderamente, es una ciencia que está en sus inicios, podría decirse. Nos movemos poco menos que a ciegas, trabajamos casi empíricamente…

—Vamos, que ustedes lo que quieren es fabricar una máquina

del tiempo, ¿no?

—Bueno, no exactamente como usted lo dice, pero sí algo parecido.

—¿Y podrá uno viajar adelante y atrás en el tiempo?

—No aseguraría que eso se llegase a conseguir, Larry.

—¿Entonces…?

—Nuestros propósitos son algo más modestos. Nos contentaríamos con crear, de modo seguro e irrefutable, un campo aceleratorio temporal, en el que pudieran observarse, en un mínimo de tiempo, las alteraciones de un ser vivo, orgánico, animal o planta, o bien de una cosa, durante un determinado lapso de tiempo, concentrado, por decirlo así, en el breve espacio de la observación.

—Recuerdo lo que se dijo en la conferencia —manifestó Larry—. Ustedes lo que quieren es comprobar, por ejemplo, el crecimiento de un pino, que tarda unos veinte años en alcanzar una altura apreciable, pero sin esperar los veinte años, por supuesto, sino un tiempo mucho más reducido.

—Exactamente. Sólo que ese pino no cabría en el acelerador de Hafpery.

—¿Cómo? ¿Trabaja usted con Hafpery? —se sorprendió el policía.

—Así es. Soy su ayudante, Larry.

—Vaya, ahora me explico el garrotazo que me dio. Usted me tomó por partidario de Stratov.

Gussie se sonrojó.

—No me lo perdonaré nunca, Larry —dijo.

—Yo ya lo he olvidado —sonrió él—. De este modo, he tenido ocasión de conocerla.

—Se lo agradezco mucho —contestó Gussie.

Larry meneó la cabeza.

—Debe ser una ciencia muy difícil —comentó—. Lo que no me explico es cómo ha podido llegar a conocerla a fondo una chica tan joven.

—No se crea que soy una niña, Larry. Ya tengo veintiséis años.

—Pues no lo parece —comentó él, recorriendo con la vista la esbelta figura de la chica. Dejó la copa sobre la mesa y se puso en pie—. Creo que es hora ya de que me retire… y empiece a pensar

que, de todas formas, se encontraría usted mucho más a gusto casada y con un par de chiquillos. Tiene la edad ideal para ello.

Gussie se ruborizó.

—Mis estudios me absorbieron tanto, que no me dejaron tiempo para pensar en el amor, Larry.

—Le convendría descuidar un poco la ciencia y cultivar más las relaciones humanas. Sobre todo, con personas del sexo opuesto.

Ella le miró con malicia.

—Con usted, por ejemplo.

—¿Por qué no? Tengo treinta y tres años, soy soltero y…

—¡Eh, eh! ¿Está tratando de venderme una mercancía? —rió Gussie.

—No. Sólo deseo exponerle sus cualidades.

—En apariencia son magníficas, pero…

Larry se acercó a la joven y la tomó por la cintura con ambas manos.

—Cuidado, Larry —dijo ella, respirando entrecortadamente.

—Es usted muy hermosa. Ciencia y belleza, eso es lo que dije yo siempre.

Y se inclinó para besarla, pero ella le rechazó.

Al hacerlo, apoyó una mano en su costado derecho, de una manera inconsciente, y presionó el contacto del detector.

—Usted parece haber pasado por el acelerador temporal —sonrió Gussie, separándose del joven—. Dejemos que las cosas sigan el camino normal…

Gussie se interrumpió. Larry había adoptado una postura muy extraña.

—¿Qué le pasa, Larry? —preguntó, intrigada.

El joven movió una mano.

—Silencio, por favor —rogó en voz baja.

Los «pips» sonaban con bastante fuerza y rápida frecuencia en su oído. Larry comprendió que había sido el gesto de Gussie, al rechazarle, lo que había puesto en funcionamiento el detector.

Giró el torso a derecha e izquierda, hasta que el volumen de las señales se hizo casi insoportable.

—¡Es increíble! —exclamó—. ¡Caldini o alguno de sus secuaces viven en este mismo edificio! ¡Tal vez en el piso de al lado!

* * *

La labor de comprobación era larga y tediosa.

Lo primero que tuvo que hacer Hafpery fue soltar las presillas de todos sus cuadernos de cálculos, diez en total, y quitar las tapas.

Así quedó formada una pila de papel de unos veinte centímetros de grosor. Cada cuaderno constaba de trescientas hojas, de modo que el total de hojas era de tres mil.

El encargado de la calculadora, Bob Condry, ajustó la pila de modo que no sobresaliese ningún papel. Luego la empujó a través de una abertura, dejándola en el interior de un hueco de forma cúbica y de treinta centímetros de lado.

En la parte superior del hueco había una cámara fotográfica ultrarrápida. El encargado de la máquina presionó una tecla y la cámara empezó a funcionar.

Apenas hubo impresionado la primera placa, un brazo, terminado en tres ramas, con pequeñas ventosas, levantó la primera hoja y la apartó a un lado. La operación duró tres segundos.

—Son unas tres mil hojas, profesor —dijo el hombre—. A dos segundos por cada una de ellas, suman…

—Seis mil segundos, es decir, cien minutos o una hora y casi tres cuartos —atajó Hafpery, cruzando los brazos sobre el pecho—. Esperaré.

—Lo de menos es que espere esa hora y cuarenta minutos, profesor. El proceso de análisis, comprobación y cálculo, durará veintidós horas, aproximadamente. ¿Va a permanecer todo ese tiempo aquí?

—Sí —respondió el científico con obstinado laconismo.

El encargado levantó los hombros.

—Bueno, si es su gusto… Con su permiso, este cacharro marcha ya solo. Me voy a almorzar.

Hafpery permaneció en el mismo sitio, contemplando el movimiento de las hojas sin hacer el menor movimiento, convertido en una estatua.

Cuando, una hora después, regresó Bob Condry, el profesor Hafpery continuaba aún en la misma postura.

—¡Qué hombres estos científicos! —Gruñó—. Algunos de ellos están como para atarlos.

* * *

Sonó el zumbador del visófono.

—Anda a ver, Nancy —dijo Matt Colpini.

La joven se puso en pie y se acercó al aparato. Presionó la tecla de contacto y el rostro de Barànyi apareció en el acto en la pantalla.

—¡Nancy! ¿Has visto a Matt? —preguntó el rufián con ansiedad.

La mujer dudó un momento. Desde el diván, Colpini le hizo una seña con la mano.

—Ni siquiera sé dónde está, Nick —contestó ella—. ¿Pasa algo?

—Pasa, qué ese condenado capitán DeMira me localizó en *El Mordisco en la Garganta* y si no llega a ser por Jake, un buen amigo mío, lo habría pasado muy mal. Si ves a Matt, dile que se esfume cuanto antes; estoy seguro de que DeMira usaba un detector micromolecular.

—Está bien. Si le veo, se lo diré. Gracias por el aviso, Nick.

Nancy cortó la comunicación y se volvió hacia el forajido.

—Ya lo has oído, Matt —dijo—. ¿Qué piensas hacer?

Colpini se enderezó.

—Ese bar está a un kilómetro escaso de aquí —gruñó—. Pero no creo que DeMira me localice.

—¿Por qué?

—Porque, aparte de la distancia, los impulsos de Nick «taparon» los míos. Por lo tanto, debió seguirle y perderme la pista.

—Pero si empieza a dar vueltas por el barrio, te localizará —exclamó Nancy nerviosamente.

No le gustaba, la idea de que la declarasen cómplice de un sujeto que tenía su cabeza puesta a precio.

—Ya lo sé. Y por eso quiero marcharme cuanto antes, pero no puedo hacerlo sin antes haber hecho una cosa.

Colpini se puso en pie y se acercó al indicador automático de los propietarios de visófono. Levantó el micrófono de que disponía el aparato y se lo acercó a los labios.

—Deseo conocer el número del profesor Hafpery —manifestó.

Esperó un momento. Treinta segundos más tarde, se iluminó en el aparato una pantalla de forma alargada.

—Número reservado.

Colpini lanzó una maldición.

—Eso lo hace para que nadie le moleste —gruñó.

—¿Quién es ese Hafpery? —preguntó Nancy, curiosa.

—No metas tus narices donde no te importa —contestó el rufián de mal talante.

Dio dos pasos por la habitación. De pronto se le ocurrió una idea.

—¡Ya sé cómo averiguarlo! —exclamó.

Nancy no le hizo el menor caso. Con gesto indiferente, fumaba un cigarrillo.

Colpini levantó el micrófono por segunda vez.

—El número del doctor Stratov, por favor —pidió.

CAPÍTULO VI

Larry comprobó de modo mecánico la carga de su revólver y lo devolvió a la funda. Gussie le miraba con gesto aprensivo.

—Tenga cuidado, Larry —aconsejó.

El joven movió la cabeza.

—No se preocupe. Sé cómo tratar a esa clase de gente.

Y se dirigió hacia la salida.

Abrió la puerta. En el mismo momento, el ascensor emprendía el viaje de bajada.

Larry sintió el alejamiento de las señales.

—¡Maldición! ¡Colpini está huyendo!

Corrió hacia el ascensor, intentando abrir las puertas, pero no lo consiguió.

Dándose cuenta del fracaso, regresó al piso. Tal vez tendría tiempo de detener a Colpini antes de que llegase al vestíbulo de salida.

—Gussie, ¿dónde está el visófono? —preguntó.

—Ahí…, pero si va a llamar al conserje, pierde tiempo. Sólo hay un robot en su lugar.

—¿Le importa que suelte una maldición? —Gruñó él.

—Si ello le va a desahogar… —sonrió Gussie.

Larry se acareó a la ventana y miró hacia abajo.

Había doce pisos de distancia. Demasiado, para tener posibilidades de acertar con el revólver.

Colpini salió en aquellos instantes. Miró un segundo a derecha e izquierda, y luego desapareció de la vista del joven, tragado por la boca del ferrocarril subterráneo que había a poca distancia.

—¿Por qué no llama a la Jefatura y hace que vigilen todas las entradas y salidas del metro? —sugirió ella.

Larry emitió una risita amarga.

—Hay más de un millar de bocas de acceso —contestó—. Y los trenes circulan por seis niveles subterráneos diferentes, los cuales se comunican entre sí en la mayoría de estaciones. Colpini se puede apear en la próxima estación como seguir hasta el final de trayecto… No, ya sabe lo que se hace, viajando en el metro.

—Entonces, ¿abandona la persecución?

Larry meneó la cabeza.

—Digamos mejor que queda en suspenso, Gussie. Bien, gracias por la copa y… Voy a ver el piso de al lado, que es de donde salió Colpini.

Estrechó la mano de Gussie y se marchó. Momentos después, llamaba en la puerta del piso contiguo.

Estudió detenidamente el rostro de la mujer que había acudido a la llamada. Vio en los negros ojos de ella un cierto temor y sonrió.

—No sabía que te hubieses mudado a un barrio respetable, Nancy Syll —dijo.

Ella inspiró con fuerza.

—Ahora soy una señora respetable —contestó.

—No me digas —se burló el joven con descaro—. ¿Protegen las señoras respetables a los asesinos como Matt Colpini?

—Hace un montón de tiempo que no le veo, capitán.

Larry miró por encima del hombro de Nancy.

—¿Permites? —dijo, apartándola a un lado.

Cruzó la estancia y llegó junto a la mesita que había al lado del diván, sobre la cual se divisaba un vaso con restos de licor.

Larry sacó el pañuelo y tomó el vaso con todo cuidado. Se volvió hacia la dueña del piso.

Nancy tenía la cara tan blanca como el pañuelo de Larry.

—Tus labios están pintados —sonrió el joven—. Pero en este vaso no hay la menor huella de pintura. En cambio —agregó—, apostaría algo bueno que los técnicos del laboratorio encontrarán las huellas digitales de Colpini.

Nancy calló. Su opulento pecho subía y bajaba con rapidez.

—¿Adónde ha ido Colpini a esconderse? —preguntó Larry.

—No lo sé. Le juro que es la pura verdad. Consultó un número visofónico en el indicador automático de direcciones y…

—¿A quién pertenecía ese número?

—No he oído el nombre en los días de mi vida. Es un nombre muy raro… Strakov o algo por el estilo.

Larry se dio cuenta de que Nancy era sincera en aquellos momentos.

Dejó el vaso; comprobada la estancia de Colpini en la casa, ya no tenía ninguna utilidad llevárselo.

—De momento te dejo —manifestó el joven—. Pero haces mal protegiendo a un forajido como Colpini. ¿Sabes lo que te podría costar, Nancy?

Ella no respondió. Larry se dirigió hacia la puerta.

—No sé si Colpini volverá —dijo por encima del hombro—, pero si regresa y no me avisas, lo pasarás mal, muy mal, Nancy Syll.

Salió de la casa, sintiendo en su interior la amargura de la frustración.

¿Era que no iba a poder echar el guante al escurridizo Colpini?, se preguntó desanimado.

* * *

Matt Colpini salió del metro, mascullando mil maldiciones entre dientes por verse obligado a utilizar semejante medio de transporte.

Pero la policía le seguía los pasos muy de cerca y, en especial, aquel sabueso implacable que se llamaba Larry DeMira. El metro era el medio ideal para despistar a su perseguidor.

Esperaba tener éxito en sus gestiones. Si lo conseguía, DeMira se iba a quedar con dos palmos de narices.

—Durante trescientos años, por lo menos —dijo, refocilándose de antemano con la idea de permanecer oculto nada menos que tres siglos y aparecer cuando todos sus coetáneos hubieran muerto.

Cuando terminó el largo viaje en el subterráneo, pese a haber utilizado un ramal de alta velocidad, era ya casi de noche.

No tardó en encontrar la casa que buscaba.

El doctor Jiri Stratov residía casi en las afueras de la gran urbe. Su domicilio consistía en una antigua casita de dos plantas, rodeada de un pequeño jardín.

Colpini aún se acordaba del jaleo que había organizado Stratov durante la conferencia. Gracias al tumulto había conseguido escapar.

La verdad era, se dijo, que DeMira no había estado nunca tan cerca de atraparle. Cualquiera hubiese dicho que Stratov se había puesto de acuerdo con él para ayudarle.

Atravesó el jardincito y llamó a la puerta.

Nadie le contestó, pese a que insistió en llamar varias veces. Cansado de no recibir respuesta, se asomó por la ventana más cercana.

No parecía que hubiese nadie en la casa. Colpini dio la vuelta y miró por las ventanas posteriores.

—Habrá salido —se dijo—. Ya volverá.

Y sin el menor escrúpulo, pegó un codazo a uno de los vidrios. Metió la mano, soltó la falleba y levantó el bastidor.

Corrió las cortinas antes de buscar el interruptor de la luz, viendo que se hallaba en la cocina. Atravesó la pieza, salió a un corredor y luego a una sala de recibo.

Encendió también la luz. En un rincón divisó un cómodo diván, al lado del cual había un pequeño aparador con servicio de licores.

—Bueno —sonrió—; esperaré aquí. Nadie sabe dónde estoy… y Stratov tiene que volver.

Se sirvió una buena dosis de licor. Había también cigarrillos.

—¡Qué bien viven estos chiflados de la ciencia! —comentó, repantigándose en el diván.

* * *

El doctor Stratov estaba muy lejos de sospechar que en aquellos momentos tenía un huésped indeseable en su casa.

Claro que también él estaba a punto de convertirse en huésped indeseable de otra casa: la del profesor Hafpery.

—Ese embaucador —dijo.

Caminó con cautela por el jardín que rodeaba el edificio. Ambos científicos vivían en el mismo barrio residencial de la ciudad, aunque en extremos opuestos.

La casa de Hafpery, sin embargo, era muchísimo mayor que la suya. Un tanto despechado, Stratov hubo de reconocer que Hafpery había tenido razón al llamarle envidioso.

Pero había seguido muy de cerca los trabajos de Hafpery sobre la aceleración de los campos temporales y sabía que el profesor

estaba a punto de triunfar, si no lo había conseguido ya, como parecía desprenderse de sus manifestaciones en la Universidad.

Eso era algo que Stratov no podía permitir. Por dos veces había estado al borde del Nobel de Física y en ambas ocasiones, se lo habían birlado.

A la tercera vez se lo concederían… si Hafpery no le pasaba por delante. No permitiría que le dejasen rezagado de nuevo. Tal vez ya no tendría más tiempo de ser propuesto para la recompensa.

Llevaba en las manos un pequeño maletín oblongo, de color negro. Las luces de la casa estaban apagadas, pese a que el crepúsculo dejaba ya paso a la noche.

—Hafpery no está —murmuró—. Mejor, así no me veré obligado a…

No concluyó la frase. Alcanzó el edificio, rompió un cristal y penetró en su interior.

Sin saberlo, realizó las mismas operaciones que Colpini había hecho en su propia casa, esto es, correr las cortinas para que no se filtrase ningún rayo luminoso al exterior y buscar el interruptor de la luz.

Momentos después, se hallaba frente al acelerador temporal.

Conocía en parte su funcionamiento. Hubo una época en que Hafpery y él habían llegado a ser buenos amigos.

Hafpery construía su aparato entonces y le había explicado la teoría en la cual pensaba hacer su funcionamiento. Stratov podía ser envidioso, pero poseía una memoria fenomenal.

Se acercó al tablero de mandos y conectó el interruptor de funcionamiento. Luego, arrodillándose, abrió la caja y extrajo de la misma dos pequeños transmisores de radio.

Ajustó las frecuencias. Cogió uno de los transmisores y empezó a manipular en él, con ayuda de unos alicates y un destornillador.

La tarea le consumió un tiempo bastante largo. Pero al fin quedó terminada.

Sonrió.

—Vamos a ver si esto funciona —se dijo.

Probó con el otro transmisor. La luz verde se apagó en el acto.

El acelerador estaba parado. Stratov lo echó a andar de nuevo.

Ahora podría controlar su funcionamiento desde cualquier parte. ¡Lo que se iba a divertir, haciendo que todos los experimentos de

Hafpery diesen un resultado totalmente opuesto al esperado!

El transmisor que tenía en las manos registraría las acciones del otro, aun cuando estuviese a diez kilómetros de distancia. Y la que separaba a su casa de la de Hafpery era mucho menor.

El transmisor que recibiría las órdenes había quedado disimulado en un lugar discreto. No era de gran tamaño y a Hafpery le costaría bastante trabajo descubrirlo.

Respiró satisfecho.

—Es hora de que me vaya —dijo.

Pero, de pronto, se percató de que todavía no conocía el acelerador por dentro.

—¿Qué diablos debe haber ahí? —se preguntó.

Hizo funcionar el transmisor de órdenes. La puerta se abrió silenciosamente.

Stratov se acercó al acelerador y examinó con notoria curiosidad el conjunto de focos que convergían en el centro del hueco.

—De modo que esto es lo que hay —murmuró.

Cruzó el umbral y paseó la vista en torno suyo.

—Bueno, pues no es una cosa del otro mundo. Bien, debo marcharme y…

Dio un paso hacia la puerta. En aquel momento, se le enganchó la parte inferior de la chaqueta en la plataforma del pedestal.

Al sentirse retenido, hizo un gesto para desasirse. No se dio cuenta de que tenía el transmisor en las manos y, con el brusco movimiento, el aparato se le cayó al suelo.

Stratov lanzó una exclamación de rabia y se inclinó a recoger el artefacto. Lo examinó cuidadosamente, pareciéndole que no había sufrido el menor daño.

De pronto, se dio cuenta de que la luz disminuía. Alzó la vista.

Un grito de pánico se escapó de sus labios.

¡La puerta del acelerador estaba cerrándose!

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se había cerrado por completo. Stratov quedó envuelto por las tinieblas.

—No te dejes llevar por el pánico —se aconsejó a sí mismo.

Y, en la oscuridad, tanteó los mandos del transmisor. Conocía bien su manejo.

—Tendría gracia que saliese de aquí convertido en un Matusalén —se dijo, al presionar la última tecla de mando.

Las tinieblas desaparecieron, aunque no del todo. Stratov levantó los ojos y vio muchas estrellas, una luna en plenilunio…

Los cabellos se le erizaron de pánico.

—¿En Qué Época Estoy? —se preguntó, aterrado.

CAPÍTULO VII

Las investigaciones que Larry DeMira realizó para encontrar a un tal Strakov resultaron infructuosas.

Aquella noche no se acostó. Había cinco personas llamadas Strakov en la ciudad, cuatro hombres y una mujer, pero una detenida investigación dio por resultado el saber que ninguno de ellos había tenido jamás la menor relación con Colpini, ni de lejos ni de cerca.

Furioso y despechado, se fue a dormir, cerca ya del amanecer, no sin encargar antes al sargento Witzer que le apretase los tornillos a Nancy Syll.

—Esa prójima es muy capaz de haberme engañado, con tal de salvar a su Colpini —dijo en tono irritado—. No la deje en paz hasta que haya averiguado toda la verdad, sargento.

—Así lo haré, señor —prometió el buen Witzer.

Poco después, el joven estaba en su casa. Tomó un baño, que relajó sus nervios y músculos y, al cabo de un rato, dormía profundamente.

En aquellos momentos, el profesor Hafpery recibía el resultado del análisis de la Calculadora.

Bob Condry le entregó la tarjeta que había salido por la ranura de «Resultados». Hafpery la leyó en silencio.

—¡Maldición! —juró.

—¿Qué le sucede, profesor?

—¿Ha visto usted alguna vez a un borrico con dos patas? ¿No? ¡Pues míreme bien, porque lo tiene delante!

—¡Je, je! —rió Condry—. ¡Qué buen humor tiene usted, profesor!

Hafpery miró en torno suyo.

—¿Hay algún visófono a mano?

—Venga conmigo, por favor.

Condry le acompañó hasta una mesita, situada en una habitación contigua, no sin cerrar cuidadosamente la puerta de comunicación con la sala de donde estaba la calculadora.

—El visófono debe estar aquí, a fin de que su funcionamiento no pueda interferir los circuitos analíticos de la máquina —explicó.

Hafpery asintió en silencio. Luego marcó una cifra.

La cara de Gussie Evans apareció a poco en la pantalla.

—¡Profesor! —exclamó—. ¿Qué ocurre ahora?

—Ocurre que soy el alcaloide de lo idiota —rezongó Hafpery—. Ya he encontrado el error.

—¿Era muy grave?

Hafpery torció el gesto.

—¿Grave? Mire, Gussie, hasta el matemático más notable pierde en ocasiones la chaveta.

—No diga eso, profesor. Usted…

—Yo soy un animal a quien se le ocurrió nada menos que escribir treinta y cuatro como resultado de multiplicar seis por cuatro —dijo Hafpery amargamente—. Imagino que debía tener la mente embotada en aquellos instantes, pero el hecho no cambia en absoluto un error tan absurdo.

—Bueno, profesor —sonrió la joven con simpatía—, eso le pasa a cualquiera.

—Sí, pero no cuando el error se comete en la página número cincuenta y siete de la tercera libreta. A partir de ahí, todos los cálculos están equivocados, naturalmente.

—¿Y qué hará, pues?

—Corregirlo todo, naturalmente.

Gussie tomó su decisión en un segundo.

—Muy bien, profesor. ¿Está aún en la universidad?

—Sí, claro. No me he movido de aquí en todo el tiempo que duró la consulta.

—No se hable más. Ahora mismo voy a su casa. Haremos todo lo posible para que el aparato funcione de nuevo y correctamente. Hasta luego, profesor.

Gussie cerró la comunicación y se mordió los labios en gesto pensativo.

De pronto se echó a reír.

—¡Seis por cuatro, treinta y cuatro! ¡Eso sólo le podía ocurrir al profesor Hafpery!

No hacía mucho que se había levantado. Fue al baño y se metió bajo la ducha.

Mientras se vestía pensó en que la tarea de corregir el error iba a resultar bastante enojosa, además de larga.

—Por contentos podremos darnos si terminamos antes de llegar la noche —se dijo.

Y de pronto, sin saber por qué, se acordó de ciertas palabras que le había dicho Larry DeMira el día anterior.

—¿No se me estará pasando la juventud? —se preguntó, sintiendo de repente una cierta preocupación.

Le fascinaban las ciencias temporales. Pero no dejaba de ignorar el hecho de que sólo tenía veintiséis años y que de fea no tenía nada.

—Todo se podría compaginar, con un poco de comprensión por parte de mi esposo… pero ¿con quién voy a casarme, si aún no me ha salido ningún pretendiente?

La imagen de Larry apareció delante de sus ojos. Gussie notó que se ruborizaba.

—Si ayer hubiera insistido un poco más…, creo que le habría dejado que me diera un beso —murmuró, sintiendo un delicioso hormigueo en todo su cuerpo.

Pero casi en el acto, dejó de lado tales pensamientos.

—¡Al trabajo, Gussie! —se ordenó a sí misma—. ¡Déjate de romanticismos y ayuda a Hafpery!

* * *

Matt Colpini despertó y movió los labios y la lengua varias veces.

Tenía la boca pastosa. Poco a poco, para combatir el tedio de la espera, había consumido la botella.

El cenicero estaba lleno de colillas. Al fin, había terminado por dormirse profundamente en el diván.

Miró en torno suyo. La luz estaba aún encendida.

Se puso en pie y caminó hacia la ventana más próxima.

El nuevo día había llegado ya.

—¿Dónde se habrá metido ese imbécil? —masculló bastante enojado.

Se dirigió a la cocina y se preparó un poco de café. Después de poner el agua al fuego, se encaminó al baño.

Una hora más tarde, Colpini había desayunado. Pero Stratov no había aparecido.

Buscó su despacho y revisó todos los papeles. Le resultó imposible dar con la dirección de Hafpery.

—No me queda otro remedio que esperar —se dijo.

Pero las habitaciones de la planta le parecieron poco seguras. Procuró borrar todos los rastros de su paso por la casa y luego se dirigió a la escalera que comunicaba con el desván.

Debajo del brazo llevaba un par de novelas policíacas.

—Un día me voy a meter yo a escritor y haré que pierdan siempre los policías —rezongó.

En el desván había un viejo sillón, que situó frente a la ventana de la buhardilla. Desde allí podía divisar la entrada al jardín.

Nadie podría entrar en la casa sin que él lo viese inmediatamente. Y no pensaba moverse de allí, hasta que hubiese hablado con Stratov.

«A fin de cuentas —se dijo—, tampoco es mal escondite. Ni siquiera Nancy lo conoce».

Se arrellenó en el sillón, encendió un cigarrillo y abrió la primera página de una novela. Momentos después, se hallaba sumido en la lectura de un fascinante caso policial.

* * *

Después de dormir casi todo el día, Larry, tras el aseo correspondiente, se puso en comunicación con su oficina.

Witzer apareció de inmediato en la pantalla.

—Buenas tardes, señor —saludó.

—Hola, sargento. ¿Qué hay de Nancy Syll?

—Confirmado, señor. Insiste en que es Strakov.

—¡Qué raro! —comentó el joven.

—Lo siento, capitán. Sometí a Nancy a la prueba del detector de mentiras y dio un resultado negativo. Dijo la verdad.

—Muy bien. De todas formas, despache usted a cuatro o cinco agentes para que den vueltas continuamente por el Cuarto Barrio. Deberán ir provistos de sendos detectores de fórmulas micromoleculares.

—Sí, señor.

—Es posible que tanto Colpini como sus dos compinches hayan ahuecado el ala, pero, o mucho me equivoco, o alguno de los tres acabará por regresar al barrio. Entonces les echaremos el guante.

—Desde luego. ¿Algo más, señor?

—Nada, eso es todo por ahora, sargento.

Larry reflexionó unos momentos.

No podía hacer nada. Debía esperar a que alguno de los tres forajidos hubiera sido atrapado.

En vista de ello, se le ocurrió una idea. Consultó el indicador de direcciones y llamó a casa de Gussie.

—Llame a casa del profesor Hafpery… llame a casa del profesor Hafpery —respondió una voz grabada en cinta—. Número visofónico
5-TRO-4491,
calle 733, 81…

La voz repitió varias veces la misma cantinela. Luego se calló.

—Está visto que tendré que cenar solo —masculló Larry disgustado—. Esa chica está loca por la ciencia y, a su edad, no es bueno.

Consultó el reloj. Eran las seis y media de la tarde.

—Iré a verla y le hablaré directamente —decidió—. Esto la convencerá mucho mejor que cualquier conversación visofónica.

Tomada la decisión, abandonó el piso y descendió al sótano, donde guardaba su aeromóvil.

Sentóse ante el puesto de mando y tomó un micrófono.

—Calle 733, número 81 —dictó.

Esperó diez segundos. Una lucecita verde se encendió en el tablero.

Indicaba que el cerebro electrónico había tomado nota de la dirección, que había estudiado el camino más corto, así como el nivel conveniente de vuelo, y que había transmitido las órdenes a los mecanismos direccionales y propulsores del aparato.

Presionó el botón de arranque. El automóvil se deslizó

suavemente por la rampa de acceso a la calle.

Al hallarse en el exterior, el aparato adquirió velocidad, al mismo tiempo que se elevaba en el aire. Los mecanismos automáticos de dirección entraron en funcionamiento y el aeromóvil tomó el rumbo conveniente.

Treinta minutos más tarde, el aparato empezó a perder altura. Sesenta segundos después, Larry estaba llamando a la puerta de la casa del profesor Hafpery.

—Veremos a ver a quién prefiere —se dijo, esperanzado—, si a ese viejo búho o a mí.

CAPÍTULO VIII

El profesor Hafpery lanzó un gruñido de satisfacción.

—Bueno, creo que ya está —dijo.

—¿Hacemos la primera prueba? —preguntó Gussie.

—Adelante.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Maldición! ¿Quién será el importuno? —se lamentó Hafpery.

—Iré a ver —sonrió ella.

Gussie llegó al vestíbulo y abrió la puerta.

—¡Larry! —exclamó, muy sorprendida.

—Hola, Gussie —sonrió él—. ¿Le importa que haya venido a visitarla?

—No, pero…

—¿He llegado tal vez en un momento inapropiado? Lamentaría mucho haber interrumpido su trabajo.

Gussie sonrió.

—Pase usted —dijo—. A fin de cuentas, ya no nos queda mucho por hacer. ¿Qué le trae por aquí?

—Si se lo digo, ¿me promete no enfadarse?

—Claro que no, Larry. Hable sin miedo.

—Bien…, se me ocurrió que podríamos salir a cenar juntos —dijo él—. Pensé que una chica tan bonita necesita algo de distracción de cuando en cuando y…

La miró con fijeza.

Gussie se ruborizó.

—Veremos —contestó, sin comprometerse a nada.

—Si tiene trabajo todavía, esperaré aquí. Todo lo que sea necesario, Gussie.

—Oh, creo que no importará que esté usted delante. Venga, por

favor.

Larry siguió a la chica y pasó al laboratorio.

Hafpery frunció el ceño al verle.

—¿Quién es, doctora? —preguntó.

—Profesor, le presento al capitán DeMira, un buen amigo mío. Larry, el profesor Hafpery, de quien ya le he hablado.

—Encantado, profesor —saludó el joven.

Hafpery contestó con un gruñido. Luego dijo:

—Capitán, ¿de qué?

—Policía, profesor —respondió Larry amablemente.

Hafpery miró a la muchacha.

—¿Hemos cometido algún delito, doctora?

Gussie se echó a reír.

—Oh, nada de eso. Simplemente vino… vino a buscarme, profesor.

—Ah —rezongó Hafpery—. Cena a la luz de la luna, violines y todo eso, ¿no?

—Algo por el estilo, profesor —convino el joven.

Hafpery meneó la cabeza.

—La perderé a usted, doctora —masculló—. Este joven tan apuesto empezará a murmurar palabritas tiernas a su oído, la conquistará, se casará con él, tendrán hijos, engordará…

—¡Profesor! —Se sofocó la chica.

Larry se echó a reír.

—A fin de cuentas —dijo—, si ocurre lo que usted pronostica, no haremos sino continuar el proceso evolutivo de la humanidad. Pero todavía no hemos ido a cenar a la luz de la luna.

—Irán, irán —refunfuñó Hafpery—. Bueno, vamos a ver si terminamos de una vez este maldito experimento.

—¿Qué es lo que está haciendo? —preguntó Larry, curioso.

Gussie le enseñó la caja donde estaban las dos ratitas blancas.

—Vamos a ver si conseguimos envejecerlas dos años en unos minutos —contestó.

—Vaya —silbó él por lo bajo—. ¿Y no podría realizarse el proceso inverso?

Hafpery se volvió hacia el joven, súbitamente sobresaltado.

—¿Qué es lo que sugiere usted, capitán? —preguntó.

—Pues que si este trasto envejece las cosas en unos minutos,

también podrá rejuvenecerlas, digo yo. Y quien dice cosas, dice también animales… seres vivos… personas… Toda máquina que marcha hacia delante puede marchar también hacia atrás.

—Hombre —exclamó el profesor, con ojos súbitamente brillantes—, ¿sabe usted que me ha dado una idea?

—Podría usted instalar un laboratorio de rejuvenecimiento. Tendría los clientes a montones, en especial las damas maduras que añoran su juventud y su belleza —sonrió Larry.

Hafpery meneó la cabeza.

—Yo ando ya por los setenta y cinco años —murmuró—. Si pudiera desprenderme aunque no fuese más que de un cuarto de siglo…

—¡Eso es imposible, profesor! —declaró Gussie de pronto.

—¿Por qué? —preguntaron Larry y Hafpery a dúo.

Gussie volvió los ojos hacia el joven.

—Usted dijo antes que toda máquina que anda hacia delante, puede marchar también hacia atrás.

—Claro. Así es, Gussie.

—Hay una máquina, por lo menos —declaró ella—, que no puede invertir su marcha hacia delante.

—¿Cuál es?

—El reloj. Un simple reloj, cualquier reloj.

—Pero se puede invertir el sentido de giro de las manecillas.

—¿Y qué obtendría usted con eso? El reloj funciona en sentido del tiempo que transcurre… y el tiempo marcha siempre hacia delante. Ahora estamos a unos minutos del momento en que usted llegó al laboratorio, pero no podemos situamos a cinco minutos antes de su llegada.

Larry miró al profesor.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

Hafpery hizo un gesto dubitativo.

—Yo diría que es una paradoja temporal —murmuró.

—No hay paradoja, sino un hecho irrefutable —afirmó Gussie con energía—. No podemos reproducir el momento que ya ha transcurrido, aunque sí nos es dado, como máximo y de una forma aproximada, predecir lo que va a ocurrir.

—Eso tampoco es cierto —alegó Larry—, porque sabemos con exactitud lo que ha pasado, ya que lo hemos visto y hemos sido sus

protagonistas, pero aunque predigamos lo que va a pasar dentro de unos momentos, y lo sepamos con certeza, pueden producirse circunstancias adversas que alteren sustancialmente la profecía.

—Estamos hablando de acciones intangibles —dijo el profesor—. Sin embargo, nosotros operamos con algo que se puede ver y tocar.

Señaló el acelerador.

—Eso no es una profecía más o menos abstracta, sino una realidad.

—Pero el acelerador, en síntesis, no es más que un reloj que altera el tiempo, comprimiéndolo y haciendo que transcurran en su interior con mucha mayor rapidez que en el campo natural, donde nos movemos nosotros. Por tanto, siempre se moverá hacia delante, como un reloj que tuviese descompuesta la maquinaria y corriera a doble velocidad de lo ordinario.

—Gussie —dijo Larry a la muchacha, que era quien acababa de hablar—, ese argumento es ficticio. Su reloj supuestamente descompuesto puede hacer que las agujas marquen las dos, cuando no sean más que la una y media de la tarde, pero fuera del reloj, el tiempo habrá transcurrido normalmente.

—Así es, y no se lo negaré —convino ella—. Sin embargo, dentro de la máquina del profesor, el tiempo es acelerado a nuestra conveniencia. Podemos hacer que transcurran tres siglos, por ejemplo, en el interior del aparato, cuando fuera no han transcurrido más que algunos minutos.

Larry sonrió.

—Bien, su fe me admira, Gussie. Por mi parte, no tengo nada más que decir…, salvo que continúo insistiendo en mi hipótesis. Si ese cacharro envejece lo que sea, también lo podrá rejuvenecer.

—No…

Hafpery interrumpió a la chica, cuando apenas había abierto la boca:

—Será mejor que nos dejemos de tonterías por ahora —masculló —. Vamos al trabajo.

—Sí, profesor. A ver si terminan ustedes pronto y yo me puedo llevar a esta muchacha tan bonita a cenar a un sitio adecuado.

Gussie le dirigió una mirada maliciosa y luego tomó la jaula con las dos ratitas blancas.

—Cuando quiera, profesor —dijo.

Momentos más tarde, las ratitas se hallaban en el interior del acelerador. Hafpery cerró la puerta y empezó a manipular en el cuadro de mandos.

Larry se retiró a un lado y encendió un cigarrillo con actitud de relativa indiferencia. Ajenos a él, Hafpery y Gussie observaban con atención las indicaciones de las esferas.

—Bueno —dijo el profesor al fin—, esto ya marcha. Esperemos los resultados.

Larry se sintió un tanto defraudado.

No había grandes chispazos, no se producían los característicos trallazos de las descargar eléctricas de alto voltaje y ni se percibían agudos zumbidos. En el funcionamiento del acelerador no había nada espectacular.

Sólo se divisaba el centelleo de algunas lamparitas en el cuadro de mandos.

Hafpery tenía la vista fija en su reloj de pulsera. Al cabo de cinco minutos, exclamó:

—Ya está.

Instantes más tarde, se abría la puerta del acelerador. Entonces, algo saltó fuera.

Gussie lanzó un chillido de pavor. Larry respingó.

Era una enorme rata, del tamaño de un conejo, que chillaba aguda y fieramente. Su pareja apareció casi en el acto.

—¡Cuidado! —gritó el joven, a la vez que desenfundaba el revólver.

No comprendía lo que había pasado ni, en cierto modo, le interesaba demasiado. Sólo veía ante sí a dos animales que no tenían nada de pacíficos y cuyos mordiscos podían acarrearles consecuencias harto desagradables.

Eran ratas de albañal, hambrientas y feroces, pero de un tamaño muy superior al normal. Sólo se podía hacer una cosa.

Disparó varios tiros. Las detonaciones resonaron como cañonazos en el interior del laboratorio.

Larry se secó el sudor de la frente, cuando vio a los animales inmóviles en el suelo.

Hafpery estaba boquiabierto. En cuanto a Gussie, había palidecido de tal modo, que su cara no tenía color alguno.

Larry enfundó el revólver.

—Voy a sacar esos restos fuera —dijo.

Hafpery pudo reaccionar al fin y le proporcionó los medios necesarios para que el joven quitase de la vista aquellos repugnantes cadáveres. Luego, Hafpery, con aspecto abatido, miró a la chica y, quejumbrosamente, preguntó:

—Doctora Evans, ¿qué ha pasado aquí?

Gussie meneó la cabeza. Sentíase incapaz de dar una respuesta medio aceptable.

CAPÍTULO IX

En vano fue que el doctor Stratov manipulara en su transmisor de radio. El receptor no daba señales de captar los impulsos emitidos.

Al cabo de un buen rato, Stratov desistió de su empeño, pensando qué le convenía refrescar un tanto su mente, alterada por el hecho de hallarse en un lugar completamente desconocido para él.

La luna emitía un vivo resplandor. Gracias a ello pudo ver que se hallaba en el campo.

Había árboles y matorrales y abundaba la hierba. También divisó unas extrañas protuberancias en el terreno, cuyo origen le resultó desconocido.

Se acercó a alguno de aquellos salientes, que vio casi cubierto de hierbajos y matas. Hurgó un poco y se dio cuenta de que eran escombros de casas.

Levantó la cabeza y, una vez más, miró en torno suyo.

Entonces se dio cuenta de una cosa que le heló la sangre en las venas.

Sólo captaba la luz de la luna y las estrellas. Pero no se veía ningún otro resplandor.

¿Y las luces de la ciudad?

Por la noche, la urbe era un ascua de luz. Ahora no se veía el menor resplandor que no procediese de fuentes naturales.

Stratov tragó saliva. Empezó a arrepentirse de haberse dejado llevar por la envidia.

Hafpery había construido algo más que un acelerador temporal: había construido una máquina del tiempo.

Involuntariamente, él la había hecho funcionar. Y el aparato le había proyectado a una época muy distante de la suya.

La ciudad había desaparecido. Sólo se veían escombros.

Tal vez se había producido algún cataclismo, algún conflicto bélico que había acabado con la vida humana. Se estremeció al pensar que aún podía quedar radiación en el suelo. No tenía modo de detectarla, pero, aunque hubiese dispuesto de un contador Geiger, tampoco habría podido hacer nada para evitar los perniciosos efectos de la radiación.

¿Estaba solo en un mundo muerto?

Stratov era un hombre maduro, pero, al darse cuenta de la crítica situación en que se hallaba, perdió la moral y se echó a llorar como un chiquillo.

Después se tranquilizó un tanto. El sentido común le dijo que no debía alejarse del lugar en que se hallaba.

—Por lo menos, mientras sea de noche.

Se sentó en el suelo. De cuando en cuando, manipulaba en el transmisor de radio.

Todo inútil. Sus señales no eran captadas por el otro aparato.

Decidió esperar. Aunque se daba cuenta de que su situación no era nada buena, confió en que llegase la luz del nuevo día.

—Entonces, desmontaré el aparato y veré cuál es la avería que tiene. ¡Aquella caída dentro del acelerador! —se lamentó.

El nuevo día llegó, y Stratov, para su desconsuelo, comprobó que estaba solo, en un mundo desierto.

La vegetación no parecía haber cambiado sustancialmente, salvo que cubría casi todo el suelo. Stratov se sentía cansado y hambriento, pero el ansia de regresar de nuevo a su época era más fuerte que cualquier otra consideración y procuró hacer caso omiso de las circunstancias que le rodeaban.

Por suerte para él, no hacía frío. Se quitó la chaqueta y la camisa y extendió ambas prendas en el suelo. Con ayuda del destornillador y los alicates, empezó a desmontar el aparato.

Cuando terminó, era ya casi de noche. Se vistió de nuevo y contempló el transmisor con recelo.

—¿Funcionarás? —murmuró a media voz.

En aquel momento, oyó un pequeño chillido a corta distancia.

Se volvió. Los cabellos se le erizaron de pánico.

Una enorme rata gris, del tamaño de un conejo, le contemplaba con sus menudos ojillos negros. El animal parecía hambriento.

Stratov tanteó el suelo, sin dejar de mirar a la rata, y agarró una piedra de regular tamaño. En aquel momento, un segundo roedor apareció junto al primero.

Stratov aguardó. Quizá no le atacasen.

De pronto, se produjo un curioso fenómeno.

Debajo de las ratas, el suelo pareció adquirir una extraña transparencia. Súbitamente, aparecieron dos ratitas blancas.

Las ratas grandes se abalanzaron sobre las pequeñas y las devoraron en un santiamén. Apenas habían terminado el banquete, desaparecieron de la vista del estupefacto científico.

La noche volvió. Stratov se sintió más desanimado que nunca.

* * *

La velada no resultó tan agradable como Larry había esperado.

Gussie se mostraba preocupada. En vano fue que Larry tratase de animarla.

—Deje el acelerador a un lado —pidió él—. Es un cacharro que no funciona del todo o que lo hace mal, eso es todo.

—Pero es que los cálculos de la compresión del tiempo estaban bien realizados. La máquina los revisó y encontró el error —contestó ella con cierta vehemencia.

—¿Era grave?

A pesar de sus preocupaciones, Gussie sonrió:

—Seis por cuatro, treinta y cuatro —dijo—. Así realizó el profesor una multiplicación y, claro, de ahí derivaron los demás errores.

—¡Sabios distraídos! —comentó el joven de buen humor.

Gussie meneó la cabeza.

—Si no fuese porque desde el día de la pelea en la universidad, no hemos vuelto a verle, sería capaz incluso de sospechar de Stratov. Él y Hafpery fueron muy amigos en tiempos, pero rompieron cuando Hafpery le anunció su propósito de dedicarse a construir el acelerador.

—Y Stratov no ha digerido lo que él estima una ofensa, ¿no es así?

Gussie asintió, mientras jugueteaba con una cucharilla.

—Desde entonces, Stratov no ha perdido ocasión de agredir, no

físicamente, por supuesto, a Hafpery. Es un hombre envidioso y resentido, Larry.

—No me lo jure —sonrió él—. Stratov…

Larry se calló de pronto. Una honda arruga se formó en su frente.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella, intrigada.

—Stratov —repitió Larry pensativamente—. ¿Dónde he oído yo su nombre en el día de hoy?

—Tal vez comentó con alguien los incidentes del día de la conferencia en la universidad.

—No, no he hablado con Stratov de nadie… ¡Oh, Dios mío!

La curiosidad de Gussie iba en aumento.

—¿Es que pasa algo malo, Larry? —preguntó.

—Lo que pasa es que no lo entiendo. ¿Qué demonios tiene que hacer Colpini en casa de Stratov?

Gussie respingó.

—¡Por favor, Larry, no me dé esos malos ratos! —rogó—. ¿Quiere darme a entender que Stratov y Colpini se han aliado para causar algún daño al profesor?

—Nancy es un poco ignorante —murmuró el joven con expresión meditativa—. Por lo tanto, no es extraño que se confundiera y declarase Strakov en lugar de Stratov.

—¿Quién es Nancy? —preguntó ella con súbito interés.

—Su vecina. La… amiga de Colpini, Gussie.

—¡Caramba! Nunca me hubiera imaginado tener como vecina a la amiga de un peligroso forajido, Larry.

El joven no contestó. Tenía el aspecto ausente.

—¿En qué está pensando, Larry? —inquirió Gussie.

—En Nancy, bueno, no, en Colpini. ¿Qué relación puede tener ese bandido con el doctor Stratov?

—¿Y por qué no lo averiguamos?

—¿Cómo, Gussie?

La chica alzó su brazo.

Un camarero se acercó en el acto.

—¿Señora?

—Haga el favor de instalarnos un visófono sobre la mesa —pidió Gussie.

—Al momento, señora.

El camarero regresó momentos después con el aparato. Mientras, Gussie había hurgado en su bolso, del que sacó una agenda de direcciones.

Hojeó la agenda rápidamente, hasta llegar a la letra S.

—Bien, aquí está el visófono de Stratov —dijo—. Confío en que siga manteniendo el mismo número y haya hecho como Hafpery, quien ordenó le pusieran un número secreto.

—Para eludir llamadas de moscones, ¿no? —sonrió Larry.

—En absoluto. Para despegarse de Stratov, a quien le dio una temporada la manía de llamarle a diario y cubrirle de injurias.

—Hafpery podía haber grabado una llamada y presentado después una demanda judicial —sugirió Larry.

—Prefirió la tranquilidad —contestó Gussie, disponiéndose a marcar el número.

La pantalla siguió apagada después de haber efectuado la llamada.

—No contestan —dijo Larry—. ¿Vive solo el doctor Stratov?

—Sí. Salvo una mujer que le limpia la casa un par de veces por semana, nadie más suele entrar en ella. Insistiré, Larry.

Las siguientes llamadas dieron un resultado análogo.

Stratov no contestaba.

—Opino que deberíamos ir a su casa y averiguar por qué no responde —manifestó Gussie.

—¿Ha dicho «deberíamos»? —preguntó Larry en tono malicioso.

—Sí —respondió ella con voz firme—. A fin de cuentas, soy la ayudante del profesor Hafpery y me creo en la obligación de actuar en todo cuanto se relacione con él.

Larry sonrió, mientras llamaba al camarero para ajustar la cuenta.

—No hay duda de que es usted una chica de armas tomar —comentó sonriendo.

—Este asunto me intriga, Larry, y quiero llegar al fondo del mismo, para exponer a la luz sus puntos oscuros.

Gussie frunció el ceño.

—Temo por el profesor Hafpery, La combinación Stratov-Colpini no augura nada bueno, créame.

Larry depositó unos billetes sobre el plato con la nota y se puso en pie.

—En eso estamos de acuerdo —contestó—. Vamos.

Capítulo X

Matt Colpini había pasado un día muy aburrido, refugiado en el desván de la casa.

Era un lugar muy poco ventilado. El edificio tenía una antigüedad de más de cien años; de lo contrario, su construcción habría sido muy distinta.

Colpini ignoraba que Stratov tenía pasión por las cosas antiguas. Tampoco le hubiese importado demasiado, por otra parte.

El aburrimiento le hizo dormir unas cuantas horas. Pasado el mediodía, bajó a la cocina y recogió algunos víveres, junto con una botella de licor y otra de agua, regresando acto seguido al desván.

Comió y bebió en abundancia. El licor le hizo caer en un sopor, del que salió a media tarde.

Se asomó a la puerta del desván. No se escuchaba el menor ruido en la casa, lo cual le dijo que el doctor Stratov no había regresado todavía.

Pasaron las horas y se acercó la noche. Tras algunos momentos de vacilación, Colpini cubrió con unas mantas los dos huecos del desván y encendió la luz.

Se paseó furioso, echando mil pestes contra el individuo que permanecía tantas horas fuera de su casa.

—Eso es una imperdonable falta de formalidad —criticó.

Irritado, tropezó con un cajón que le salió al paso y le arreó un puntapié.

La tapa del cajón se abrió y su contenido se esparció por el suelo. Colpini se dio cuenta de que dicho contenido consistía en su mayor parte en fotografías y cartas viejas.

El tedio le hizo inclinarse para examinar aquellos papeles. En una de las fotografías vio retratados a los dos científicos juntos.

Examinó el dorso, sin encontrar lo que buscaba. Pero el incidente había renovado su esperanza.

Un grito de júbilo se escapó de pronto de sus labios.

—¡Lo encontré! —exclamó, sin poder contenerse. Y casi inmediatamente, agregó—: Debí haberlo dicho en griego; suena mucho mejor, «¡Eureka!».

Tratábase de una Vieja tarjeta de visita del profesor Hafpery, en la cual constaba su domicilio. Colpini se la echó al bolsillo, como si de una reliquia se tratase.

—¡Hafpery, espérame! —gritó.

Y en aquel momento, se oyó el timbre de llamada.

Colpini desenfundó instantáneamente su pistola. Apagó la luz del desván y corrió hacia una de las ventanas.

Separó la cortina y miró al jardín delantero. La entrada de la casa estaba protegida por una marquesina en forma de templete, la cual le impedía ver al recién llegado.

Naturalmente, suponía que no era Stratov, ya que, en tal caso, habría abierto la puerta con su propia llave.

El llamador sonó de nuevo dos o tres veces más, con resultados infructuosos. Colpini aguardaba con los nervios en tensión.

Confiaba en que, al ver que no contestaba nadie, el presunto visitante, acabara por cansarse y se marchara. Pero súbitamente vio a dos personas que salían de debajo de la marquesina y miraban hacia la casa, con expresión preocupada.

Colpini lanzó una maldición.

—¡…! ¡Es el capitán DeMira!

Y se preguntó cómo podría haber llegado DeMira hasta aquella casa.

En el primer momento, tomó a Gussie por Nancy, pero el distinto color de pelo le convenció de su error. Sin embargo, al recordar a Nancy, se sintió acometido de una especie de acceso de rabia.

Nancy Syll le había oído consultar el domicilio de Stratov. DeMira le había visitado, obligándole a declarar sus intenciones.

—La estrangularé —se prometió.

Pero luego pensó en que iba a estar «ausente» unos cientos de años y se encogió de hombros.

—¡Bah! No tiene importancia.

En aquel momento, oyó el estallido de un vidrio al romperse.

Ya no le cupo la menor duda de lo que iba a hacer el capitán DeMira. Y conociéndolo como le conocía, estaba seguro de que el oficial de policía no dejaría de registrar la casa entera, del tejado a los cimientos.

Corrió la cortina de nuevo, encendió la luz unos instantes y comprobó la carga de su revólver.

—No me gustaría tener que liquidarles, pero si es preciso… —dijo a media voz, haciendo una torva mueca. Apagó la luz y se dispuso a esperar.

* * *

Después de haberse introducido ésa la casa, Larry se volvió y ayudó a la chica a pasar al interior.

Tuvo necesidad de cogerla por la cintura.

—A pesar de su esbeltez, no es usted ninguna pluma —sonrió, sin soltarla todavía.

Gussie sonrió también.

—Usted es un modesto émulo de Hércules —dijo. Y preguntó—: ¿Le importaría mucho dejarme en el suelo, Larry?

—Muchísimo, Gussie.

Pero aunque los pies de la chica tocaran el pavimento, él no soltó su cintura.

—Cuidado —advirtió ella, adivinando sus intenciones—; hemos venido a trabajar y no a retozar.

—¿Sabe lo que le digo? —contestó él, sin hacer caso de sus palabras—. Estaba acordándome de unas palabras que dijo Hafpery. No me importaría que usted engordase, a mi lado, claro.

—En ese aspecto, más de uno se llevará un chasco, Larry. Las mujeres de la familia Dyrrell, que es mi apellido materno, no engordan jamás.

—¡Estupendo! ¿Qué más puede desear un hombre para pedir la mano de su futura?

Gussie apoyó las manos en el pecho del joven y lo rechazó.

—Déjese de bromas de mal gusto —dijo.

Pero su respiración se había hecho entrecortada de pronto y su voz sonaba un tanto ronca. Y Larry que lo notó, se puso muy

contento.

—Bueno, vamos a ver qué hay por la casa —dijo.

Encendió la lamparita portátil y merced a ella pudo encontrar el interruptor de la luz. Miró en torno suyo y comentó:

—Es raro. Parece como si Stratov faltase de la casa desde algún tiempo, ¿no cree, Gussie?

—¿Por qué lo dice? —preguntó la chica.

—Todo está en perfecto orden, no se ven señales de que Stratov haya estado aquí desde hace bastantes horas…

Pasó el índice por la superficie plana de una mesita y lo retiró levemente manchado.

—Polvo de unas cuarenta y ocho horas —musitó.

—¿No se le ocurre adonde puede haber ido? —preguntó ella.

—Esto parece un salón. ¿Sabe si tenía el cuarto personal de trabajo, Gussie?

—Claro. Venga conmigo —respondió la chica en el acto.

—¿Había estado antes en la casa?

—Algunas veces, cuando Hafpery y Stratov eran aún buenos amigos.

—Parece mentira que dos científicos, quienes debieran dar ejemplo de cordura, ponderación y buen juicio, hayan podido pelearse como marineros borrachos. ¿Qué fue lo que originó la disputa? ¿El acelerador?

—En parte, y parte también por aquel célebre material que originó el escándalo en la universidad. Stratov acusaba a Hafpery de haberse copiado la fórmula.

—¿Y es cierto?

—No podría afirmar nada a favor ni en contra, Larry. Mi labor como ayudante de Hafpery se limitó siempre a sus trabajos experimentales en el campo de las ciencias temporales.

—Por lo visto, son tanto químicos como físicos, Gussie.

—Sí, es preciso reconocer que ambos son dos mentes privilegiadas, pero sólo en lo científico. En lo humano, son peor que chiquillos.

—Así que a Hafpery se le ocurrió construir el acelerador temporal para comprobar la bondad de sus materiales.

—Exactamente. Y entonces fue cuando me contrató a mí como ayudante.

Gussie se detuvo de pronto ante una puerta, situada casi en el extremo del corredor, al fondo del cual se divisaba una escalera que se perdía en el techo.

—¿Adónde da esa escalera? —preguntó él.

—Al desván. La casa es bastante antigua y Stratov no quiso deshacerse nunca de ella ni cambiarle su trazado actual.

Gussie abrió la puerta y dio la luz.

El despacho era muy grande y, en uno de los lados, incluso, disponía de una larga mesa de laboratorio, con gran cantidad de aparatos y vasijas de vidrio. Había también un pequeño radioscopio, un microscopio, una diminuta centrifugadora, la inevitable balanza de precisión y otros varios aparatos de utilidad indiscutible para el científico.

En un lado de la estancia divisaron un tablero de dibujo. Al lado del mismo había una pequeña mesa de trabajo, con algunos objetos que llamaron la atención del joven.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Gussie se acercó y contempló los objetos.

—Creo que piezas de algún transmisor de radio —comentó.

Larry se tiró del labio inferior, sumamente preocupado. Luego volvió la vista hacia el tablero de dibujo.

Examinó los diagramas dibujados sobre el papel.

—Parecen esquemas de transmisores de radio —dijo.

Gussie movió la cabeza a derecha e izquierda.

—Sí, lo son —convino al cabo—. Y hay dos, Larry.

Los dos transmisores estaban separados. Entre ambos se divisaba un dibujo que representaba una caja de forma alargada.

Sobre la caja, Stratov había trazado un aspa roja, empleando para ello un lápiz de mina gruesa.

—Ese hombre no está bien de la cabeza —farfulló el joven—. Creo que debiéramos irnos ya, Gussie.

—Espere —objetó ella—. ¿No quiere que sigamos mirando en el resto de la casa?

Larry se encogió de hombros.

—Stratov no está y no hay rastros de la presencia de Colpini. ¿Qué otra cosa podemos hacer aquí?

—Nada, en efecto —convino ella. Con expresión pensativa, añadió—: A veces se me ha ocurrido pensar que tal vez Stratov

tenía una buena parte de razón en sus quejas, pero aliarse con un notorio forajido resulta ya demasiado, Larry.

—Sí, desde luego.

Salieron de la estancia. Frente a ellos había otra puerta, que Larry abrió maquinalmente.

—Es la cocina —indicó Gussie.

Larry encendió la luz y miró en todas direcciones. De pronto, divisó algo que llamó de pronto su atención.

Se acercó al horno y vio sobre el mismo una cafetera. Tocó el metal; aún estaba tibio.

Inmediatamente sacó su revólver. Gussie se alarmó.

—¡Larry! ¿Qué pasa?

—Sucede que hay alguien en la casa —contestó él—. O, por lo menos, ha estado hace muy poco. En vista de lo cual, voy a examinar todo el edificio.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina y la abrió. Dio un paso afuera y, en el mismo momento, algo duro y contundente se abatió sobre su cráneo.

Gussie chilló al ver caer a Larry. Casi en el acto, la figura de un sujeto desconocido apareció bajo el dintel de la puerta.

Para mayor comodidad, Colpini puso los pies a ambos lados del desvanecido cuerpo del capitán de policía. Una sonrisa de insolente satisfacción distendió sus labios.

—No sabía que el capitán DeMira tuviese tan buen gusto —comentó—. ¿Me buscaban, verdad?

Gussie no contestó. Frenéticamente, buscaba un medio para desarmar al bandido y reducirlo a la impotencia.

Colpini pareció adivinar sus pensamientos.

—Apártese a un lado, preciosa —dijo—. Voy a salir y no quisiera causarle el menor daño.

Gussie retrocedió despacio, hasta que su cuerpo chocó con el horno de la cocina. Colpini, entré tanto, se dispuso a salir por la puerta posterior del edificio.

Entonces, Gussie echó las manos atrás y agarró la cafetera, con ánimo de lanzarla a la cabeza del forajido.

Colpini adivinó su intención y giró hacia ella. En el mismo instante, sonó la voz de Larry:

—¡Tira el arma, Colpini!

El forajido lanzó una horrible maldición y acentuó más su giro. Larry se dio cuenta de que no había más que una forma de detener a Colpini.

Los dos revólveres detonaron al mismo tiempo. Colpini se tambaleó, pero no cayó.

Larry sintió un tremendo golpe en la mano derecha, que le dejó el brazo entumecido y sin fuerzas. El proyectil disparado por el bandido había alcanzado de lleno el arma, arrancándosela de los dedos.

Herido en un hombro, Colpini se lanzó al exterior. Gussie le arrojó la cafetera, pero sólo consiguió romper unos vidrios con gran estrépito.

Larry intentó ponerse en pie. Sin embargo, tenía la cabeza aún aturdida por el fenomenal golpe recibido y las piernas le fallaron. Comenzó a tambalearse como si estuviese ebrio.

Cayó al suelo, maldiciendo con rabia su impotencia.

CAPÍTULO XI

Jiri Stratov despertó, entumecido por el relente de la noche.

Hacia el este, un difuso resplandor insinuaba la llegada de un nuevo día. Iba a ser el segundo que pasara en aquel mundo desconocido al que había sido proyectado.

Todos sus esfuerzos para conseguir que funcionasen los controles de radio habían resultado estériles. Por más que lo pensaba, no conseguía encontrar la falla que le impedía el regreso a su época.

Porque estaba seguro, no sólo de hallarse en una época distinta a la suya, sino situada en un futuro muy distante con relación al tiempo en que se hallaba Hafpery.

Conocía la suficiente historia para saber que en épocas pasadas no sé había producido ninguna destrucción de la ciudad. Por lo tanto, el acelerador le había lanzado al futuro.

En cuanto a la ciudad, debía hacer ya muchísimos años que había sido destruida. Los montes de escombros, cubiertos casi totalmente de plantas silvestres, así lo demostraban.

El sol salió, derramando sus cálidos rayos sobre el terreno. Stratov miró una vez más en torno suyo.

Era preciso hacer algo o moriría de hambre y sed. Por otra parte, sin embargo, no se atrevía a alejarse de aquel lugar, temeroso de perderse.

Si se perdía, no sabría volver. Y suponiendo que consiguiese encontrar el error en los transmisores de radio, debía hacerlos funcionar en el mismo sitio.

Estaba en el lugar donde se hallaban las ruinas de la casa de Hafpery, pensó. O de cualquier otro edificio construido muchos años después, que resultaban muchos años antes para él.

—Vaya una paradoja temporal —masculló con disgusto.

Tras algunos momentos de reflexión, decidió dejar una marca que pudiera servirle para identificar el lugar a su regreso. La salida del sol le había indicado el este, con lo que ya tenía un medio de orientación.

Trabajó ahincadamente durante cosa de una hora. Al cabo de ese tiempo, había conseguido erigir un monolito de un par de metros de altura, hecho a base de restos de edificios.

En la cúspide del monolito colocó una rama seca. Hacia buen tiempo y pensó que podía desprenderse de su chaqueta, la cual ató al extremo de la rama, a modo de una bandera.

Pensaba regresar antes de que se hiciera de noche. Dada la época del año en que se hallaban, el ocaso se produciría alrededor de las siete y media.

Consultó su reloj. Eran las nueve de la mañana.

—Puedo caminar cinco horas hacia el norte —calculó—. Descansar dos y regresar antes de que sea de noche.

Sentíase furioso por la situación en que se hallaba, pero ni por un momento le pasó por la imaginación que todas sus dificultades provenían de su propia actuación.

Para él, Hafpery seguía teniendo la culpa.

—En cuanto le eche el guante, le retorceré el pescuezo como a un pollito —masculló con rabia, al tiempo de echar a andar.

* * *

Matt Colpini alcanzó el aeromóvil del policía con bastantes penalidades, debido a la herida recibida.

El proyectil le había atravesado el hombro izquierdo. Colpini notó que podía mover el brazo con relativa facilidad, lo cual le indicó que no tenía ningún hueso fracturado.

Pero la pérdida de sangre podía ponerle en un serio aprieto. Subió al aparato y lo puso en marcha, elevándose casi verticalmente.

A cinco mil metros lo detuvo y dejó suspendido en el aire. No era la primera vez que se hallaba a bordo de un coche policial, aunque nunca, hasta entonces, como conductor. Siempre había viajado en dichos vehículos como «huésped» y no demasiado apreciado.

Sabía que los policías disponían de un pequeño botiquín para casos de urgencia. Sacó la caja con los elementos de cura y la abrió.

Se quitó la chaqueta y la camisa. La herida sangraba en abundancia.

Sacó un tubo de celulina. Era una sustancia hemostática, desinfectante y regenerativa. Destapó el tubo con los dientes y apretó, extendiéndose una buena cantidad de la medicina sobre el orificio de salida del proyectil.

La sangre cesó de fluir en el acto. Colpini notó un considerable alivio en el dolor de aquella parte.

Pero ahora venía lo más difícil. Debía taponar también el orificio de entrada, situado en su espalda.

Después de algunos segundos de reflexión, se puso el tubo de la celulina en la mano izquierda. Apretó, llenando la derecha de la pasta curativa y estiró el brazo cuanto pudo, hasta alcanzar el agujero hecho por la bala.

Cuando terminó, tenía la cara inundada de sudor, pero, al mismo tiempo, se sentía considerablemente aliviado. Deshizo un paquete de algodón y se limpió la sangre que le manchaba la parte anterior del tórax. Luego hurgó en el botiquín, hasta encontrar lo que buscaba: un pequeño frasquito con cosa de dos decilitros de licor.

Despachó el *brandy* en un par de tragos. Luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

Reflexionó unos momentos. Era preciso trazar un plan de acción.

No había conseguido eliminar al capitán DeMira, lo cual le hizo saber que el policía continuaría su implacable persecución. Por el momento estaba a salvo, pero en cuanto abandonasen la casa de Stratov y quisieran volver al vehículo, se encontrarían con que se lo había llevado.

DeMira daría aviso inmediato a las patrullas de tránsito aeromóvil. Localizar el aparato no resultaría difícil.

Sentóse de nuevo ante el cuadro de mandos e hizo descender oblicuamente al aparato, siguiendo una dirección opuesta a la deseada.

Pensó que, si bajaba en dirección a la casa de Hafpery, DeMira, cuando recibiese la noticia de la recuperación de su aparato, deduciría inmediatamente sus intenciones.

Era preciso hacerle creer que regresaba al centro de la ciudad, a fin de despistarle.

Momentos más tarde, tomaba, tierra en las cercanías de la boca de acceso al subterráneo. Tomó varios trenes, siguiendo siempre distintos trayectos, hasta que el último viaje le llevó a las cercanías de la casa de Hafpery.

Cuando llamó a la puerta, eran más de las dos de la madrugada.

—¿Quién es? —Gruñó una voz desde el interior.

—El sargento Witzer, profesor —contestó Colpini con toda desfachatez—. Le traigo un recado del capitán DeMira.

—¿DeMira? —se extrañó Hafpery—. ¡Pero si estuvo esta tarde conmigo!

—Ya lo sé, profesor —dijo el bandido con notoria desvergüenza —. Pero es que ha ocurrido algo que le obliga a enviarme con un mensaje personal para usted.

—Está bien, está bien —refunfuñó Hafpery de mal talante.

El fracaso de su aparato le había provocado un fuerte insomnio, que le había tenido muchas horas sin dormir. Al fin, cuando ya conciliaba el sueño, aquel estúpido oficial de policía…

Abrió la puerta y se encontró frente al cañón de un revólver.

—¡Eh! ¿Qué…? El revólver se apoyó en su pecho.

—Adentro, «profe» —ordenó Colpini secamente.

El forajido se sentía mucho mejor. Los efectos estimulantes de la celulina se dejaban sentir en su organismo, sin contar con los tragos de *brandy* que había tomado.

Hafpery palideció.

—Si se trata de un robo… —empezó a decir.

Colpini cerró la puerta de una patada. Sonrió con gesto torvo.

—En efecto, profesor. Se trata de robar, pero no dinero, sino tiempo.

—No le entiendo —dijo Hafpery.

—Me comprenderá en seguida, profesor.

Colpini paseó la vista por la estancia. Sobre una mesa, divisó el visófono.

Su primera intención fue cortar los cables, pero desistió en seguida. Alguien podía llamar y extrañarse de la falta de respuesta.

Movió el revólver.

—Profesor —ordenó—, acérquese al visófono y grabe en él lo

que voy a dictarle.

Hafpery pareció mostrarse renuente. Con gesto truculento, Colpini le puso el cañón del arma bajo la nariz.

—Mire, «profe», una muerte más o menos, no agravará ya mi situación, así que, si no obedece exactamente lo que le diga, dispararé. Yo saldré perdiendo bastante, pero usted perderá aún más. ¿Ha comprendido?

El científico pudo darse cuenta de que su inesperado visitante hablaba muy en serio.

—Está bien —se resignó—. ¿Qué es lo que debo decir?

—Grabe esta frase en el receptor de llamadas: «Estoy ocupado. Llame dentro de doce horas. Lo siento. Gracias». Eso es todo, «profe».

Hafpery vaciló un instante, pero al fin se acercó al aparato y presionó un botón lateral. Inclinándose ligeramente, repitió la frase con toda exactitud.

—¡Magnífico! —exclamó Colpini, satisfecho—. Y ahora, usted y yo vamos a hablar largo y tendido durante un buen rato.

—¿De qué tenemos que hablar? —inquirió Hafpery, que no acababa de comprender las intenciones de su visitante.

—¿No se lo dije antes? —sonrió Colpini en tono burlón—. He venido a robar tiempo, profesor.

Hafpery procuró adoptar un continente digno.

—Sería mejor que se explicase de una vez —apremió.

—Claro, «profe», claro. Ese robo de tiempo que yo pretendo hacer es el que necesito para que no me atrapen los «polis». En resumen, quiero que usted haga funcionar su aparatito solamente para mí, a fin de tenerme escondido por ahí durante tres o cuatro siglos. ¿Lo ha entendido ahora?

Hafpery se quedó atónito.

—De modo… que usted se cree que mi aparato es una máquina capaz de trasladarle a uno al futuro, por ejemplo.

—No sé adónde me llevará su cacharro, pero, desde luego, siempre estaré mejor que en esta época. Al futuro o al pasado, lo que quiero es desaparecer durante tres o cuatrocientos años.

—Temo que eso va a ser imposible —contestó el científico, meneando la cabeza.

Impasible, Colpini le apuntó con el revólver.

—Esto sí será posible, profesor —afirmó—. O hace lo que le digo o le agujero el estómago. Elija.

Hafpery contempló la boca del arma durante un par de segundos.

—Hijito —contestó al cabo—, temo que usted no sabe lo que me está pidiendo. La policía le persigue y usted quiere eludir su persecución y desaparecer por unos cuantos cientos de años.

—Exactamente.

—Pero mi máquina acelera el tiempo en su interior, es decir, que mientras aquí afuera transcurren, por ejemplo, cinco minutos, en el interior transcurren uno, dos o los años que se deseen, según el experimento que se está realizando. Es decir, que usted podría meterse ahí dentro, hacer que pasaran trescientos años y salir al cabo de dos horas. Suponiendo que continuase con vida, lo cual sería un caso de una longevidad no ocurrida desde los tiempos bíblicos, cuando abandonase el acelerador, convertido en una momia o poco menos, aquí no habrían pasado más que un par de horas o cosa por el estilo. Y, ¿qué habría ganado con eso?

Hafpery calló un instante, dejando que sus palabras penetrasen en el cerebro de su visitante.

—Suponiendo que se diesen todas las circunstancias a su favor, usted no habría conseguido otra cosa que envejecer en balde y de aquí iría a parar a un asilo o al cementerio —concluyó el científico rotundamente.

Colpini sonrió con aire de burla.

—Es cierto, y para mí constituiría una tremenda desgracia —dijo —. Pero también se puede dar el caso inverso.

—¿Cuál? —preguntó Hafpery.

—Hacer que dentro del aparato transcurran solamente un par de horas, mientras que afuera pasan los trescientos años.

Sobrevino una pausa de silencio, Hafpery dudaba de sus sentidos.

—¡Eso es imposible! —barbotó al cabo, lleno de cólera.

Colpini levantó el arma y le apuntó al centro de la frente.

—¡A trabajar! —ordenó con voz metálica, estridente—. No importa cómo lo haga, pero quiero que lo haga.

—No respondo de lo que pueda ocurrir —contestó Hafpery.

—Sí responderá —dijo Colpini con maligna sonrisa—. Sí

responderá, profesor. ¡Con su propia y tan apreciada vida!

CAPÍTULO XII

En la cocina del doctor Stratov, Gussie preparó café muy fuerte, mientras Larry procuraba despejarse con agua fría en el cuarto de baño.

Cuando terminó, volvió junto a la muchacha. Ella le sirvió una taza de café, junto a la cual puso un tubo de analgésico.

—Ese tipo me golpeó de firme —rezongó él.

Flexionó los dedos de la mano.

—Y he tenido suerte —añadió—. Estuvo a punto de alcanzarme.

—Usted le ha herido, Larry.

—Sí, pero no debe haber sido grave, ya que ha podido escapar.

—¿Qué hará ahora?

Larry se bebió el café, después de haberse tomado un par de tabletas de analgésico.

—No lo sé —respondió—. Colpini se me ha llevado el aeromóvil. Si usa un poco de cerebro, y su herida, como sospecho, no es demasiado grave, se detendrá unos minutos a curarse. Luego aterrizará y abandonará el aparato en cualquier parte, no muy lejos de aquí.

Miró a la muchacha.

—Aunque hubiéramos avisado inmediatamente, no habríamos tenido tiempo de impedir su fuga. Seguro que, a estas horas, ya ha dejado el aeromóvil abandonado y… ¿dónde se habrá escondido?

Gussie asintió, a la vez que se mordía los labios.

—Ese Colpini le está quitando a usted el sueño, Larry —sonrió.

El joven sonrió también.

—De todas formas, creo que él duerme aún peor que yo. Bien, vamos a dar aviso de lo ocurrido, a ver si alguna patrulla de tráfico encuentra mi aeromóvil.

Pasaron al cuarto de trabajo de Stratov, donde estaba el visófono. Larry habló con la central de policía unos momentos y, al fin, cortó la comunicación, no sin pedir que le enviasen otro aparato para recogerles a él y a la doctora Evans.

Cuando terminó, encendió un cigarrillo.

—Lo que no entiendo es cómo vino a parar aquí. ¿Qué buscaba de Stratov, Gussie?

—Yo tampoco me lo explico, Larry.

—¿Le llamó Stratov quizá para encomendarle un «contrato»?

—¿Qué es lo que quiere decir, Larry?

—Bien —sonrió el joven—, un «contrato» significa que un asesino profesional ha recibido una determinada cantidad de dinero por matar a una persona.

Ella se horrorizó.

—¡Cómo! ¿Stratov… llamar a Colpini para encargarle el asesinato del profesor Hafpery?

Larry movió la cabeza afirmativamente.

—De otro modo —dijo—, ¿cómo explicarse su presencia en esta casa?

—No lo creo —respondió Gussie con voz firme—. Stratov es de la clase de hombres que molerían a garrotazos a un supuesto enemigo, pero jamás se le ocurriría contratar a un asesino para deshacerse de ese enemigo.

—No se sabe qué es capaz de hacer una persona hasta que lo hace —dijo Larry en tono sentencioso.

—A pesar de todo… —Pero Gussie no siguió, consciente de que el joven había dicho la verdad.

Callaron unos momentos. Larry, inactivo, paseó por el despacho, hasta que se detuvo frente al tablero de dibujo.

Con el cigarrillo pendiente de los labios y las manos a la espalda, contempló los esquemas dibujados.

—Me pregunto para qué querría Stratov estos transmisores de radio —murmuró al cabo de unos momentos.

Gussie se le acercó y observó también los dibujos.

—Parecen aparatos de control remoto —dijo.

—Sí. Unos controles que guían las acciones de otro aparato… ese señalado con el aspa roja. Pero ¿qué clase de artefacto es?

En aquel momento llamaron a la puerta.

Larry corrió a abrir. Dos policías de uniforme se hallaban en la entrada de la casa.

—¿Capitán DeMira? —saludó uno de ellos.

—El mismo —sonrió Larry—. Han llegado ustedes muy pronto.

—Estábamos casi encima de esta casa, cuando recibimos el aviso, señor —contestó el jefe de la pareja—. ¿Adónde quiere que les llevemos?

—Primero, a casa de la doctora Evans.

—Como usted ordene, capitán.

Larry tomó el brazo de la joven.

—¿Vamos, Gussie?

El aeromóvil se puso en marcha un minuto más tarde. Cinco después, se recibió un aviso, de las patrullas de tráfico.

—Localizado el vehículo robado. Está en la calle 837, a cincuenta metros del cruce con la E5F.

—Descienda —ordenó Larry al piloto—. Quiero examinar el aparato.

—Sí, señor.

Gussie formuló una observación.

—Colpini escapó hacia el norte, Larry.

—Naturalmente. Se dirigía al centro de la ciudad, donde sabe que le es más fácil pasar inadvertido.

Momentos más tarde, bajaban del aeromóvil y se acercaban al robado. Larry abrió la puerta y dio la luz interior.

—Hay manchas de sangre —dijo—. Y veo el botiquín abierto de par en par.

Examinó el tubo de celulina.

—Ha tenido necesidad de cortar la hemorragia —añadió.

—Ya veinte metros de aquí hay una entrada al subterráneo —manifestó Gussie.

—Sí —suspiró el joven con resignación—. Otra vez se nos ha escapado ese miserable. Él no puede salir de la ciudad… pero a nosotros nos es imposible localizarle.

* * *

Los esfuerzos del doctor Stratov resultaron inútiles.

Sólo encontró, como seres vivientes, algunos animales, ratas

gigantes sobre todo. Necesitó ahuyentarlas en alguna ocasión a pedradas o garrotazos, ya que se había visto en la necesidad de construirse un arma defensiva.

Después de mediodía, se sentó a descansar, reflexionando sobre lo crítico de su situación.

Estaba en lo alto de un pequeño promontorio, escombros cubiertos de vegetación. Ello le permitía disponer de un campo visual bastante grande, a la vez que le facilitaba su defensa, caso de ser atacado por algún roedor particularmente agresivo.

Se preguntó qué cataclismo se habría producido, para arrasar enteramente la ciudad. La fecha del mismo se le hacía asimismo una incógnita.

¿Cuándo había tenido lugar la catástrofe?

¿Cincuenta, cien, doscientos años después de su época?

Debía haber sido una catástrofe con características de apocalipsis. No parecía que hubiera otros supervivientes que aquellas temibles ratas, agigantadas en un proceso de mutación, debido a la radiactividad. ¿Había radiación aún en el suelo al cabo de los tiempos?

Una vez más, intentó hacer funcionar el aparato de control remoto, sin obtener resultados positivos. No había medio de encontrar el error en las actuales circunstancias.

Decidió regresar al mismo sitio. Creía llegar con el tiempo justo.

Se le ocurrió la idea de que tal vez Hafpery, al ver que su aceleración no funcionaba correctamente, le hiciese una revisión a fondo. Entonces encontraría el otro aparato de control.

Hafpery no era tonto; deduciría lo ocurrido y actuaría en consecuencia. Quizá ello le permitiese regresar a su época. Entonces le pediría perdón y…

Mientras elaboraba estos pensamientos, se había incorporado. Su pie derecho tropezó entonces con un saliente.

Bajó la vista. Era un objeto metálico, cubierto por los escombros casi por completo.

Lleno de curiosidad, empezó a separar los cascotes con ambas manos, hasta dejar al descubierto una caja metálica, oblonga, del tamaño aproximado de un maletín.

La caja estaba solo cerrada con unas presillas que, oxidadas, resistieron a sus esfuerzos. Pero Stratov, devorado por la curiosidad,

agarró un ladrillo y golpeó hasta que hizo saltar los cierres.

Levantó la tapa. Una frenética carcajada se escapó de su garganta.

¡Estaba llena de dinero!

Había una gran cantidad de fajos de billetes, envueltos en un papel recio, blanco, del usado para trazar dibujos industriales. Stratov agarró un par de fajos de billetes y los lanzó al aire, riendo como un loco.

—¡Dinero, puaf! —exclamó—. ¿De qué me sirve ahora?

Había varios millones. De buena gana, los hubiese dado todos por una lata de judías.

De pronto, al agacharse para recoger otros fajos de billetes y realizar la misma operación, vio algo que atrajo en el acto su atención.

Con gestos frenéticos, sacó los billetes arrojándolos de cualquier modo a los lados. Desplegó el papel que había servido de envoltorio y contempló atentamente los dibujos que había en el mismo.

Un temblor convulsivo sacudió sus miembros. Su frente se cubrió de sudor y sus piernas vacilaron de tal modo, que se vio obligado a sentarse en el suelo.

Al cabo de unos minutos, reaccionó lo suficiente para poder coordinar mejor sus ideas. Meneó la cabeza, sin acabar de creer en lo que estaba sucediendo.

Era una tremenda casualidad, una coincidencia increíble, pero no por ello menos cierta. ¡Había ido a parar a las ruinas de su propia casa!

Sí, allí estaban los diagramas que él mismo había trazado —¿cuántos años atrás?— de los aparatos de control remoto.

La suerte era su aliada. Con aquellos dibujos, podría repasar nuevamente el transmisor que aún conservaba y encontrar la avería.

Se puso en pie de un salto.

Volvería a su época. Lo dijo casi a voz en cuello.

Pero un segundo después, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

¡El dinero!

¿De quién era?

¿Quién lo había envuelto en el papel que había utilizado para los esquemas de radio? ¿Quién había sido el propietario de aquella

inmensa fortuna?

Encontró la respuesta rápidamente; el nuevo dueño de la casa.

Y la frase «nuevo dueño de su casa» sólo tenía un significado; él había sido dado por muerto al no regresar a su época, por lo que la propiedad, pasado el tiempo legal, había sido puesta en venta.

Una tremenda excitación le acometió de súbito. ¡Tenía que impedir que se produjesen tales acontecimientos!

Debía volver al punto de partida temporal. Entonces, no ocurriría nada de lo que había pasado y no habría estado allí, ni encontrado la caja con el dinero, ni el papel con los dibujos ni…

Casi enloquecido por el pánico, echó a correr.

* * *

Matt Colpini se colocó un cigarrillo entre los labios, lo encendió con gesto negligente y miró al hombre que trabajaba con afán en el cuadro de instrumentos.

—¿Falta mucho ya, «profe»? —preguntó.

Hafpery se puso en pie y se limpió las manos con un trapo.

—Le guste o no —respondió—, me es imposible correr. Tengo que realizar inversión total de los circuitos y esto es algo que no se puede hacer en un cuarto de hora. Además, empiezo a sentirme cansado.

—¿Sí? ¡Qué lástima! —rió el bandido con cinismo—. ¿Quiere que le prepare un poco de café?

—Lo que querría es que se marchase usted de mi casa —contestó Hafpery de mal talante.

—Ya me iré, «profe», no se preocupe, Pero usted siga trabajando y deje de formular observaciones que no conducen a nada. Un tío tan sabio como usted tiene que saber hacer las cosas muy bien. ¿O me equivoco?

Hafpery miró al bandido con gesto airado.

En realidad, el gesto formaba parte de la comedia que estaba desempeñando.

Sus intenciones eran muy distintas. Quería encerrarle dentro del acelerador.

Una vez Colpini dentro del aparato, no podría salir y llamaría a la policía. Pero no podía hacerlo sin despertar sospechas en su

indeseable huésped.

Por dicha razón fingía que trabajaba. Había desparramado numerosos cables por el suelo, creando lo que, en un acceso de fantasía, había denominado campo de acción extratemporal.

Era preciso dar a Colpini la sensación de que seguía sus órdenes puntualmente. Mientras trabajase, el bandido no le haría nada y el tiempo, el normal, corría a su favor.

Se arrodilló de nuevo junto al aparato de control y levantó la tapa lateral posterior. Entonces descubrió algo que le llenó de perplejidad y asombro.

CAPÍTULO XIII

Gussie Evans durmió largo rato, más de lo acostumbrado, debido a la hora tan avanzada que se había acostado aquella noche.

Cuando despertó, permaneció unos momentos en el lecho, sumida en un plácido duermevela, durante el cual rememoró todos los acontecimientos de la noche anterior.

Unas de las cosas que más le extrañaban era el paradero de Stratov. ¿Dónde podía haberse metido aquel atrabiliario individuo?

No creía que hubiese ido a ver a Hafpery. En tal caso, el profesor se lo habría dicho inmediatamente.

¿Cuáles eran las intenciones de Stratov? ¿Qué se proponía hacer ahora en contra de Hafpery?

¿Acaso destruir o inutilizar por completo el acelerador?

En tal caso, ¿qué medio iba a emplear? Un cartucho de dinamita, no, por supuesto; sería un procedimiento demasiado burdo para un hombre de la capacidad e inteligencia de Stratov, cualidades que, pese a todo, era preciso reconocerle.

Si lo hacía, sería de una manera mucho más refinada y astuta, de tal modo, que Hafpery, por mucho que buscase, no podría encontrar nunca el error. Pero ¿qué medio era el que iba a emplear Stratov?

Algo golpeó de pronto su mente, haciéndola sentarse en el lecho casi de un salto.

¡El tablero de dibujo!

Los diseños de los aparatos de control, la caja cuadrada… ¡y el aspa roja que significaba tachadura, destrucción!

Sí, eso era exactamente lo que iba a hacer, si no lo había hecho ya, el doctor Stratov.

Presa de una gran excitación, Gussie apartó las sábanas a un

lado, metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata.

Mientras se anudaba el ceñidor, corrió hacia el saloncito. Acercóse al visófono y marcó un número.

Pocos instantes después, aparecía en la pantalla el rostro de un policía de uniforme.

—Diga, señora —contestó el hombre de modo mecánico.

—Soy la doctora Evans —dijo Gussie—. Necesito hablar con el capitán DeMira en el acto. Dígale que es muy urgente, por favor.

—Al momento, doctora.

Medio minuto más tarde, Larry se ponía en comunicación con la chica.

—¡Gussie! ¿Qué le pasa? ¿Le ocurre algo malo? —preguntó.

—A mí en particular, no, Larry —repuso ella—. Al profesor Hafpery.

—¿Hafpery? ¿Ha sufrido algún accidente?

—No lo sé, pero pudiera ocurrirle. Larry, ¿recuerda usted los dibujos que vimos en casa de Stratov?

—Por supuesto. ¿Aquellos esquemas de aparatos de control remoto, no es eso lo que quiere decir?

—Sí, justamente. Larry, ya he adivinado lo que significan.

—Eso es muy interesante, Gussie. Prosiga, por favor.

—¿Recuerda el dibujo que parecía representar una caja de forma alargada, sobre la cual se había trazado una gran aspa roja? ¡Pues bien, esa caja representa el acelerador temporal de Hafpery y el aspa roja las ideas destructoras de Stratov!

—¡Demonios! —exclamó el joven sin poder contenerse—. ¿Es que piensa colocarle una carga de dinamita y hacerla estallar de lejos?

—No opino yo lo mismo, sino más bien en el sentido de que con esos controles de radio, uno de los cuales ha debido situar en el tablero de mandos del acelerador, tratará de interferir los experimentos de Hafpery, a fin de hacerle fracasar.

—Es lo más probable —convino el joven, meditabundo—. El aspa roja le ha delatado. Es un trazo hecho por un impulso de su subconsciente, que le hace ansiar la derrota de Hafpery a toda costa.

—Exactamente, Larry. Y tenemos que impedirlo.

—De acuerdo. Veo que acaba de salir de la cama, Gussie.

Termine de vestirse; pasaré a recogerla dentro de unos minutos.

—No tarde, Larry. Le estaré aguardando.

Gussie cortó la comunicación y se dispuso a ir al cuarto de baño, pero, de repente, consideró que debía avisar al profesor del descubrimiento que acababa de hacer.

Marcó el número de Hafpery. Una voz conocida, de sones monótonos, respondió:

—Estoy ocupado. Llamen dentro de doce horas. Lo siento. Gracias.

Gussie se quedó perpleja. El mensaje se repitió varias veces más, hasta que ella cortó la conexión.

Fue al cuarto de baño y se aseó con la rapidez suficiente para estar lista, segundos antes de que Larry llamase a la puerta. Le abrió y el joven estrechó sus manos cálidamente.

—Hola —sonrió él.

—Estoy preocupada, Larry —contestó Gussie sin más preámbulos.

—Por Hafpery, claro, y su aparato.

—Sí, pero no en el sentido que usted indica.

—Explíquese, por favor —rogó él, con el ceño fruncido—. ¿Es que teme que explote el acelerador?

—No, no creo que pueda darse esa posibilidad. Pero he llamado al profesor y, por toda respuesta, he recibido una grabación, en la que me dice que llame dentro de doce horas.

—Bueno, no querrá que le molesten, eso es todo.

Gussie miró al joven fijamente.

—Larry, a cada minuto que pasa estoy temiendo lo peor. Ese Stratov ha podido desequilibrarse del todo… ¡y llamar a Colpini para que le ayude!

—¡Imposible! ¡No se conocían, Gussie!

—Entonces, ¿qué hacía Colpini en casa de Stratov?

Larry se quedó parado.

—Es verdad —murmuró.

—La grabación me infunde muchas sospechas, Larry —siguió la chica—. Hafpery habría dicho que dejásemos el mensaje o bien habría fijado una hora determinada en que puede ser llamado.

—Ya lo dice —alegó el joven—. Llame dentro de doce horas.

—¿Y qué responderá el visófono cuando llame usted, por

ejemplo, dentro de una hora o dos o tres? Lo mismo, ¿no? Siempre habrá que llamar «dentro de doce horas», pero no a una fija y determinada, como Hafpery tiene por costumbre hacer cuando de verdad no quiere ser estorbado en su trabajo.

Larry empezó a preocuparse. Los argumentos de la chica parecían tener bastante consistencia.

Gussie apoyó una mano en su brazo y le dirigió una mirada implorante.

—Larry, estoy empezando a temer lo peor para Hafpery.

El joven asintió.

—¿Cree usted que Colpini…? —Pero no se atrevió a concluir la frase.

—Algo le están haciendo entre Colpini y Stratov —afirmó Gussie —. Por dicha razón, le ordenaron grabar el mensaje de respuesta. Y Hafpery es lo suficientemente astuto para no haber dejado una hora fija, sabiendo que su respuesta grabada acabará por llamar la atención de alguien, la nuestra, por ejemplo, ya que no son muchos los que conocen su número visofónico.

Larry se pellizcó el labio inferior.

—Aguarde un momento —dijo de pronto—. Nancy Syll, la amiga de Stratov, vive aquí al lado. Voy a hablar con ella; tal vez saque algo en limpio.

—Iré con usted, Larry —dijo Gussie, emparejándose con el joven.

Instantes más tarde, la pareja se hallaba en la puerta del piso donde vivía Nancy. Larry llamó repetidas veces y aguardó.

Nancy apareció al cabo de un minuto largo. Su aspecto desaliñado indicaba claramente que acababa de ser arrancada de la cama.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir con brusquedad, pero se detuvo apenas reconoció al policía. Apoyó una mano en su cadera con gesto displicente y exclamó—: ¿Es que no sabe dejar dormir en paz a las personas decentes, capitán?

—Dejemos la cuestión de la decencia a un lado, Nancy —respondió Larry—. Hablemos mejor de tu buen amigo, Matt Colpini.

—Ya le he dicho cuanto tenía que decirle, capitán.

Nancy intentó cerrar la puerta, pero Larry adelantó el pie. Luego empujó con fuerza, haciéndola retroceder.

—Vamos a hablar, Nancy —dijo en tono duro—. ¿Hicimos un trato, recuerdas?

La mujer retrocedió. Sus ojos brillaban de ira.

—No tiene derecho a irrumpir en mi casa sin mandamiento judicial —protestó.

Lo sé. Y si quieres, saldré afuera y esperaremos a que me lo traigan. Pero entonces te acusaré de complicidad con Colpini. Resultará muy divertido, Nancy, te lo aseguro.

El temor se reflejó en el rostro de la joven.

—Está bien —se rindió—. ¿De qué se trata ahora?

—De Colpini, precisamente —sonrió Larry—. Tú me dijiste que había llamado a un tal Strakov, mejor dicho, que había intentado dar con su número visofónico, a fin de conocer su dirección.

—Sí, es cierto, pero ya no sé más…

—El Strakov que tú dijiste, resultó ser Stratov. Pero antes o después de citar este nombre, ¿mencionó el de un tal Hafpery?

Nancy se quedó pensativa durante unos momentos. Larry y Gussie espiaban cuidadosamente sus reacciones.

—Hafpery —repitió la joven mecánicamente—. ¡Sí, ahora lo recuerdo! —exclamó de pronto.

—Vamos, habla —dijo Larry, devorado por la impaciencia—. ¿Qué fue lo que dijo de Hafpery?

—Nada. —Y por un momento se dibujó el desencanto en los rostros de Larry y Gussie. Pero un segundo después, Nancy añadió —: No dijo nada de Hafpery. Lo que hizo fue consultar su número visofónico. Creo que, como recibió la respuesta de que era un número reservado, buscó el de Stratov, suponiendo que éste podría informarle de lo que deseaba.

—Bien —dijo Larry, respirando con fuerza—, parece que las cosas se van aclarando poco a poco. Ahora bien, ¿para qué quería ver a Hafpery? ¿No sabes tú nada, Nancy?

La aludida se encogió de hombros.

—Todo lo que sé es que la amistad con ese granuja me ha perjudicado notablemente y…

—Y el dinero que te daba te benefició —la interrumpió Larry—. Entonces no te quejabas, ¿verdad?

—Bien, una hace lo que puede, capitán. —Nancy sonrió desvergonzadamente—. La vida es así.

—Claro, claro —respondió el joven con sorna—. ¿Es eso todo lo que tienes que decirnos, Nancy?

—¿Qué más quiere? A Matt lo único que le interesa es que pase el tiempo, cuanto más mejor…

Gussie lanzó una aguda exclamación.

—¡Que pase el tiempo! —repitió—. ¡Ahora lo comprendo, Larry!

El policía se volvió y la miró muy interesado.

—Explíquese, Gussie —pidió.

—Colpini está ahora en casa del profesor, eso está claro. Colpini asistió también a la conferencia y oyó lo del acelerador. No sé qué habrá podido pensar, pero seguramente cree qué se trata de un aparato con el cual puede hacerse que pase el tiempo a su antojo y eludir así la acción de la policía.

—¡Dios mío! ¡Pero eso es absurdo, monstruoso incluso! —exclamó Larry.

—Sí, aunque es de suponer que Colpini, en su ignorancia, no lo crea así. A él lo que le interesa, por cualquier medio, es eludir la acción de la justicia, ¿comprende?

Larry meneó la cabeza.

—No lo comprendo muy bien —respondió—, salvo una cosa: Colpini está amenazando a Hafpery, sin saber del todo bien lo que quiere. Por tanto, lo que vamos a hacer ahora es ir allí y echar el guante a ese bribón.

—Con todo el cuidado del mundo —advirtió la chica—. Colpini sería capaz de cometer cualquier barbaridad con el profesor, si con ello creyese que iba a salir bien librado.

—Eso es muy cierto y lo tendremos en cuenta —replicó Larry—. ¡Vámonos, Gussie!

Desde la puerta se volvió hacia la dueña del piso.

—Nancy, si Colpini, por una rara casualidad, regresara, avisa inmediatamente. En un consejo de amigo… ¡y el último que te doy en este sentido!

La joven se dio cuenta de que el asunto se ponía muy serio y movió la cabeza en gesto afirmativo.

* * *

El profesor Hafpery examinó con curiosidad el aparatito que

acababa de descubrir y que él no había colocado allí de modo alguno.

Divisó unos cuantos cables que iban a perderse en distintos puntos del interior del tablero de mandos, los cuales partían de aquella cajita negra, de forma oblonga. El objeto de la misma le resultó desconocido por el momento.

Vio que tenía una tapa y la levantó, presionando ligeramente con un destornillador. Entonces comprendió de qué se trataba.

Era un aparato de control remoto. No era preciso ser un lince para saber quién lo había colocado allí.

—Ese Stratov —masculló entre dientes.

—¿Decía usted, «profe»? —Gruñó el forajido.

—No. Hablaba solo. No se preocupe.

—Pero, bueno, ¿cuándo diablos va a estar listo ese artefacto? Llevo ya aquí desde las dos de la madrugada y todavía…

—¡Cállese! —le interrumpió Hafpery con brusquedad, molesto porque la charla de Colpini le impedía coordinar sus pensamientos —. Lo menos que puedo esperar de usted es que me deje trabajar en paz.

Colpini se irguió en el asiento, lanzando fuego por los ojos, pero se reclinó otra vez.

Aquel chiflado tenía razón. Era preciso dejarle que actuase sin interrupciones.

Consultó la hora. Pasaban ya de las nueve y media de la mañana. ¿Cuándo diablos iba a tener Hafpery listo su artefacto?

La mente del profesor funcionaba con gran actividad. Stratov había estado allí; no cabía la menor duda. Pero ¿qué era lo que se proponía al colocarle el aparato de control remoto?

Interferir sus trabajos, no cabía la menor duda. Estuvo a punto de arrancar el transmisor de un tirón, pero se contuvo.

Tenía un problema mucho más urgente: el bandido.

Colocó de nuevo la tapa y se puso en pie.

—Estoy cansado —dijo—. Quiero comer algo.

—Le acompañaré —declaró Colpini.

Hafpery trataba de ganar tiempo. Pero Colpini no le dejaba solo ni un momento.

Después de desayunar, regresaron al laboratorio.

Hafpery puso en funcionamiento el mando de apertura del

acelerador y examinó su interior.

—Todo está normal —musitó.

—Entonces ¿a qué diablos aguardamos? —rezongó Colpini—. ¡Vamos, empiece de una vez, «profe»!

—Muy bien. Entre.

Colpini le apuntó con su revólver.

—Usted, conmigo —ordenó.

—No sea idiota —estalló Hafpery—. Si yo entro ahí, ¿quién diablos va a manejar los controles?

—¿Y cómo puedo estar seguro de que, apenas se haya cerrado la puerta, no correrá usted a avisar a la policía?

Hafpery sonrió.

—¿Lo ve? La partida ha quedado en tablas. Ni usted puede conseguir lo que desea, ni yo…

El forajido le dirigió una aguda mirada.

—Vamos a hacer una cosa, profesor. Yo entro ahí y usted pone en funcionamiento el aparato. Pero a fin de evitar que me traicione, me instalará un mando de apertura individual, es decir, que yo pueda abrir la puerta desde dentro cuando me convenga.

—Nada más justo —accedió Hafpery.

Trabajó durante algunos minutos. En realidad, no hacía más que pasar el tiempo.

Al fin le entregó la cajita de control que había desconectado del cuadro de mandos y a la que había acoplado una inofensiva varilla de metal en uno de sus lados.

—Esto es la antena —le explicó—. En la cara, superior, hay una pequeña pantalla de televisión, por medio de la cual podrá usted vigilarme mientras actúo.

Le señaló dos botones.

—El primero es el mando de apertura individual —mintió descaradamente—. Este otro pone en funcionamiento la pantalla de televisión.

—Ey, «profe», aquí no veo yo ningún cristal —protestó Colpini.

—Es que la tapa se vuelve transparente cuando el aparato está en funcionamiento —dijo Hafpery con toda tranquilidad, empujando al bandido hacia el acelerador—. Entre, no tema, entre.

Colpini franqueó el umbral. Desde el interior, volvió a mirar a Hafpery.

—Si trata de engañarme, «profe»… —dijo con gesto truculento.

—Siéntese en esa plataforma y espere un minuto. Sólo un minuto —rogó Hafpery.

Y se fue hacia el tablero de mandos.

Presionó una tecla y la puerta del acelerador se cerró en el acto.

—¡Uf! —exclamó el profesor, enjugándose el sudor que le corría a chorros—. ¡Creí que no iba a poder librarme de ese granuja!

CAPÍTULO XIV

Jiri Stratov había terminado, por fin, la revisión de su aparato de control.

Estaba cansado, tenía sueño y se sentía hambriento, pero en aquellos momentos, lo que más le interesaba era regresar a su época. Ya comería y dormiría una vez que estuviese de nuevo en la edad que le correspondía.

Ya había recobrado su buen ánimo, después del ataque de pánico que le había sobrevenido al descubrir el dinero envuelto en su dibujo. Ahora estaba seguro de regresar a su tiempo.

Lo que había ocurrido no sucedería. No habría un avaro que comprase su casa después de haber muerto él legalmente ni nadie envolvería unos millones en el papel de dibujo.

Era una paradoja. Lo que había sido, no sería.

Tal vez, incluso, no llegaría a producirse la catástrofe que había arrasado la ciudad, dejando a unas ratas monstruosas como únicos habitantes de la misma.

Respiró profundamente. El momento decisivo había llegado.

Se dispuso a poner el aparato en funcionamiento. En aquel instante, centelleó una luz de control.

—¡La han descubierto! —gritó, sin poder contenerse.

Era preciso actuar antes de que la desconectasen o se quedaría allí para siempre.

Presionó el botón de mando.

Durante unos momentos, creyó que no iba a ocurrir nada. De pronto, se sintió envuelto en una luz intensísima.

Sintióse arrastrado por un rugidor torbellino, que giraba velocísimamente a su alrededor. Era como un remolino de fuego que no le quemaba, pero sí le pinchaba con miles de agujas por

todo el cuerpo.

Un rostro humano apareció de repente junto al suyo. Stratov quiso gritar, pero el bramido del torbellino le impidió escuchar su voz.

El otro hombre gritaba también, mientras giraba y giraba de manera vertiginosa. Stratov se sintió irresistiblemente empujado hacia el individuo, a la vez que éste era lanzado contra él, impulsado por una fuerza de origen desconocido.

La sensación de pinchazos aumentó de forma dolorosísima. Ahora parecía que se los hiciesen con agujas al rojo vivo.

Stratov sintió que le ardían los ojos. Le pareció que se le convertían en dos diminutas bombas a punto de hacer explosión.

El cerebro también le ardía. Se le dilataba, como queriendo romper las paredes de la caja craneana. El tórax, los brazos, el vientre, las piernas… todo su organismo sufría una dilatación que le causaba intolerables dolores.

Pero, al mismo tiempo, sentía una espantosa contracción, una tremenda opresión que le ahogaba hasta hacerle perder la respiración.

La cara del desconocido avanzó hacia la suya. Stratov se dio cuenta de que aquella misteriosa fuerza le empujaba irresistiblemente a fundirse con el individuo.

De pronto, vio una luz.

Hafpery apareció ante sus ojos.

El profesor no estaba solo. Había dos personas más con él, las cuales le contemplaban con una expresión de horror indescriptible pintada en sus rostros.

Stratov lanzó un tremendo grito:

—¡Sálvame, Hafpery!

Pero en el mismo momento desapareció la luz.

* * *

Larry DeMira y Gussie llegaron a las inmediaciones de la casa del profesor Hafpery.

Larry llevaba su detector de fórmulas micromoleculares. Al ponerlo en funcionamiento, el detector empezó a emitir unos «pips» inconfundibles.

—Colpini está en la casa —anunció el joven fríamente.

Gussie se estremeció. Asiéndose con una mano al brazo de Larry, dijo:

—Tenga cuidado, por favor —rogó.

—No se preocupe, Gussie.

Larry desenfundó el revólver. Hubiese podido avisar a las patrullas de tráfico y a los hombres de su división, a fin de rodear la casa, pero entonces la acción se habría rodeado de un aparato demasiado escandaloso. Colpini, al verse rodeado, podría adoptar soluciones extremas.

Era preferible intentar cogerle por sorpresa. Y, por supuesto, no dejarse sorprender.

Dispararía a la menor señal sospechosa que advirtiese en el rufián.

Atravesó el pequeño jardín con una cautela y se pegó a la pared, entre la puerta y una de las ventanas. Miró por encima del antepecho, hallando el salón vacío.

Colpini debía hallarse en otra parte de la casa. Caminó sin hacer el menor ruido, asomándose sucesivamente a cada ventana, hasta que, de repente, vio al profesor en su laboratorio.

Hafpery no estaba solo. Tal como habían supuesto, Colpini se encontraba con él.

Larry decidió no correr riesgos. Colpini había recibido ya una herida y aunque la celulina poseía virtudes casi milagrosas, el joven estimó que un segundo balazo en una región no vital, le causaría un notable quebranto físico.

Levantó el arma y apuntó con cuidado a la espalda del forajido. En aquel preciso instante, Colpini entró en el acelerador.

Hafpery cerró la puerta. Larry se quedó atónito.

—¿Qué diablos querrá hacer ese forajido dentro de la máquina? —se preguntó.

Pero no podía perder tiempo. Golpeó con los nudillos de la mano izquierda, a fin de llamar la atención del científico.

Hafpery se volvió. Al ver a Larry, corrió hacia la ventana.

Levantó el bastidor. El contento se reflejaba en su cara.

—¡Capitán! ¡Llega usted que ni enviado por el cielo!

—¿Qué hace Colpini dentro del acelerador? —preguntó el joven.

—Entre usted, capitán; ahora se lo explicaré todo y… Ah, veo

que viene también la doctora Evans.

Gussie llego en aquel momento, jadeante y con el rostro encendido.

—¡Profesor! ¿Está bien? —preguntó.

—Sí, aunque ese sujeto me ha hecho pasar bastantes malos ratos. Pero entren y se lo explicaré mejor. Abriré la puerta posterior…

—Por aquí mismo —cortó Larry, saltando a través del hueco.

Luego se volvió y levantó a la chica en sus fuertes brazos, haciéndola entrar en la casa.

Acto seguido, desenfundó de nuevo el revólver y se situó frente a la puerta del acelerador.

—Hable, profesor. Cuéntenos todo lo ocurrido —pidió.

Hafpery hizo un sucinto relato de cuanto había pasado desde el momento en que el forajido había aparecido en su casa. Al terminar, Gussie dijo:

—Habíamos sospechado algo parecido. Pero Colpini no podrá conseguir lo que desea, ¿no es cierto?

Hafpery sonrió.

—Le engañé —respondió—. Ahora está ahí dentro, esperando en vano a que pasen trescientos años en este laboratorio, mientras transcurren sólo un par de horas en la caja. Eso es lo que él, cree, por supuesto, aunque no sucederán las cosas como espera.

Larry se pellizcó el labio inferior.

—¿Quiere decir que está ahí inerme, sin poder salir mientras usted no lo desee?

Hafpery movió vigorosamente la cabeza, de arriba abajo.

—En efecto, así es, capitán.

—Pero usted puede abrir la puerta cuando quiera, ¿no es verdad?

—Desde luego.

—Muy bien, profesor. Entonces, abra, se lo ruego.

Hafpery se dirigió hacia el cuadro de mandos. Sin embargo, antes de llegar a él, se volvió hacia el joven y advirtió:

—Ese hombre es muy peligroso, capitán.

—Lo sé, profesor. No obstante, él no espera verme. Cuando quiera reaccionar, ya será tarde. Abra, se lo ruego.

—Muy bien, capitán. Lo haré ahora mismo.

Hafpery se acercó al tablero de mandos, mientras Larry se situaba frente a la puerta y a tres pasos de la misma, con el revólver en posición. Gussie quedó casi a su lado, aunque ligeramente separada del joven.

El profesor empujó a fondo la tecla de apertura. La puerta empezó a girar despacio.

Entonces, Larry, Gussie y Hafpery contemplaron algo que les llenó de espanto.

Era una visión espeluznante, el resultado de la mente de un loco, el horror corporeizado.

Vieron dos cuerpos que se fundían con lo que parecía infinita lentitud, pero que, sin embargo, era una horrenda rapidez. Gussie reconoció en uno de aquellos horribles seres al profesor Stratov.

Los cuerpos se unían, absorbiéndose mutuamente, confundiéndose los átomos y las moléculas, como si fuese el resultado de un truco fundido cinematográficamente.

El resultado era un monstruo de dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas, una visión de pesadilla, una figura propia de las calenturientas elucubraciones de un alcohólico. Gussie se dio cuenta de que ya no volvería a contemplar nunca nada semejante.

La absorción mutua continuaba a ritmo acelerado. Dentro de unos segundos, habría nacido un nuevo ser, de un solo cuerpo y dos mentes. Los brazos y las piernas de cada uno de los dos individuos apenas si se distinguían ya por separado.

Entonces. Gussie se dio cuenta de que podía ocurrir una terrible catástrofe cuando se consumara la fusión de aquellos dos cuerpos.

—¡Cierre, profesor, cierre! —gritó frenéticamente.

La orden obró en Hafpery a modo de revulsivo.

Clavó el dedo en la tecla de cierre y la puerta empezó a girar sobre sus goznes.

Segundos más tarde, las tres personas creyeron oír un trueno distante, un fragor que llegaba de muy lejos, tal vez de una distancia de cientos de años.

Hubo de pasar mucho rato antes de que Hafpery se decidiera a abrir la puerta del acelerador temporal. Cuando lo hizo, no quedaba ya el menor rastro de Stratov ni de Colpini.

* * *

Colpini no se fiaba poco ni mucho del profesor. Por dicha razón, al quedarse encerrado en la máquina, lo primero que hizo fue poner en funcionamiento lo que él creía pantalla televisora.

El aparato permaneció apagado. Colpini insistió una y otra vez, con resultado negativo.

—¡Cochino «profe»! —juró, ebrio de furor.

Sacó el revólver, dispuesto a abrirse paso a tiros, pero se dio cuenta de que las balas ordinarias no conseguirían hacer mella en el duro metal. Entonces, buscando el medio de salir de allí, presionó el otro mando del transmisor.

Algo extraño sucedió. Una terrible oleada de calor se abatió sobre él.

Creyó hallarse en el centro de un rugiente volcán, que eruptaba millones de agujas de fuego, que taladraban su piel, causándole más que dolor una sensación de angustia insoportable. De súbito, se vio frente a un sujeto que le resultaba desconocido.

El hombre chillaba de dolor. Sin embargo, Colpini no oía sus gritos.

Colpini se sintió irresistiblemente lanzado contra el hombre. Ambos creyeron hallarse en el centro de un mugiente torbellino de fuego, cuyas evoluciones se aceleraron con increíble velocidad.

De pronto, toda sensación de dolor y de angustia desapareció de las mentes de ambos individuos. Cesaron de verse y de notar siquiera la menor molestia, cayendo ambos en una absoluta oscuridad.

Ni siquiera vieron el colosal chorro de fuego que brotó del suelo, ascendiendo con fantástica rapidez a lo alto. Tampoco oyeron la espantosa detonación, cuyos ecos se propagaron a decenas de kilómetros de distancia.

Cuando las llamas decrecieron, la onda explosiva empezó a propagarse a cientos de kilómetros a la hora, arrasando cuanto hallaba a su paso. En una tierra calcinada, poco daño podía causar ya, sin embargo, aquella aterradora explosión.

Nadie sino los pocos animales que aún vivían en el planeta vieron el fogonazo y oyeron el estallido.

* * *

Gussie sirvió café a los dos hombres que, silenciosos, se hallaban sentados en sendos sillones en la sala de la casa.

—Anímense —dijo—. Todo ha terminado ya.

—Sí, pero me gustaría saber qué puedo poner yo en mi informe —rezongó el joven.

—Ponga: «Desaparecido sin dejar rastro» —sonrió Gussie.

—Me gustaría alguna explicación más convincente —pidió Larry —. ¿Qué dice usted a eso, profesor?

—Bien —contestó Hafpery—, yo diría, a título particular, que, el doctor Stratov, al intentar estropear mi máquina, se proyectó a una época distinta a la nuestra. Naturalmente, intentó regresar, utilizando el aparato de control remoto, pero, por razones que ignoramos, su regreso se demoró y coincidió con la presencia de Colpini en el acelerador.

»Opino que Colpini manejaba también el otro transmisor. Diciéndolo en términos llanos, debió producirse un cruce. Los átomos de los dos cuerpos se empezaron a fundirse y cuando la fusión concluyó…

—¡Pum! —Hizo Larry.

—Sí, pero ¿dónde fue ese «¡pum!»? —preguntó Gussie.

—Seguramente, en otra época muy distinta a la nuestra y, desde luego, situada en el futuro, ya que no tenemos noticias de que se hayan producido hechos semejantes en tiempos anteriores.

—Con tal de que no hayan causado daños a personas inocentes —suspiró Larry.

—Eso lo sabrán nuestros descendientes —contestó Gussie.

Larry miró a la chica y sonrió.

—¿Te refieres a nuestros descendientes en sentido general o hablas en un sentido mucho más restringido?

Gussie se ruborizó intensamente.

—Puede interpretarse de ambas maneras —contestó.

Larry tomó su mano y siguió sonriendo.

—Para que se me acelere el pulso, no me hace falta la máquina del profesor —dijo en voz baja—. Me basta estar a tu lado, Gussie.

—A mí me pasa también lo mismo, Larry —respondió ella.

Epílogo

En el año 2455, una pareja se disponía a abandonar la casa en que vivían.

—Siento dejarla —dijo la mujer, joven y agraciada todavía.

El hombre paseó la mirada en torno suyo.

—Sí, es una verdadera lástima —convino Peter DeMira—. La compró uno de mis antepasados hace trescientos cincuenta años. Le gustaba vivir en un edificio de estilo un tanto anticuado, aunque, naturalmente, con todas las comodidades de la época. A su muerte, el gobierno del planeta la declaró monumento histórico.

—Sus descendientes la heredaron, ¿no?

Peter asintió.

—Sí. Mi antepasado la compró a la muerte de su anterior propietario. No tenía herederos y el Estado la vendió por el importe de los impuestos solamente. Una verdadera ganga, querida.

—Desde luego, pero date prisa, Peter. Tenemos que abandonar la ciudad cuanto antes.

—Espera —dijo él—. Tengo que guardar el dinero.

—¿Crees que te servirán los billetes a la vuelta, Pedro?

—No lo sé, pero guardarlos no cuesta nada. Ya que no permiten que no nos llevemos más que lo puesto, al menos esconderemos los ahorros para el regreso. Si nos sirven, bien, si no…

Buscó un papel fuerte, para lo cual hubo de revolver muchos rincones viejos en la casa. Encontrar un papel usado en una época en que el papel era algo poco menos que desconocido ya, a fuerza de desuso, resultaba una empresa nada fácil.

Pero al fin lo encontró en el desván. Era un papel ya amarillento por el paso de los años, con unos dibujos extraños, que le parecieron de antiguos transmisores de radio.

Peter DeMira envolvió su fortuna en el papel y luego lo metió todo en una caja de metal inoxidable, que llevó al sótano de la casa.

Al terminar, agarró el brazo de su esposa y los dos juntos salieron al jardín.

—Tenemos que irnos, Clara —dijo—. Las predictoras han dicho que las primeras bombas empezarán a caer antes de mañana.

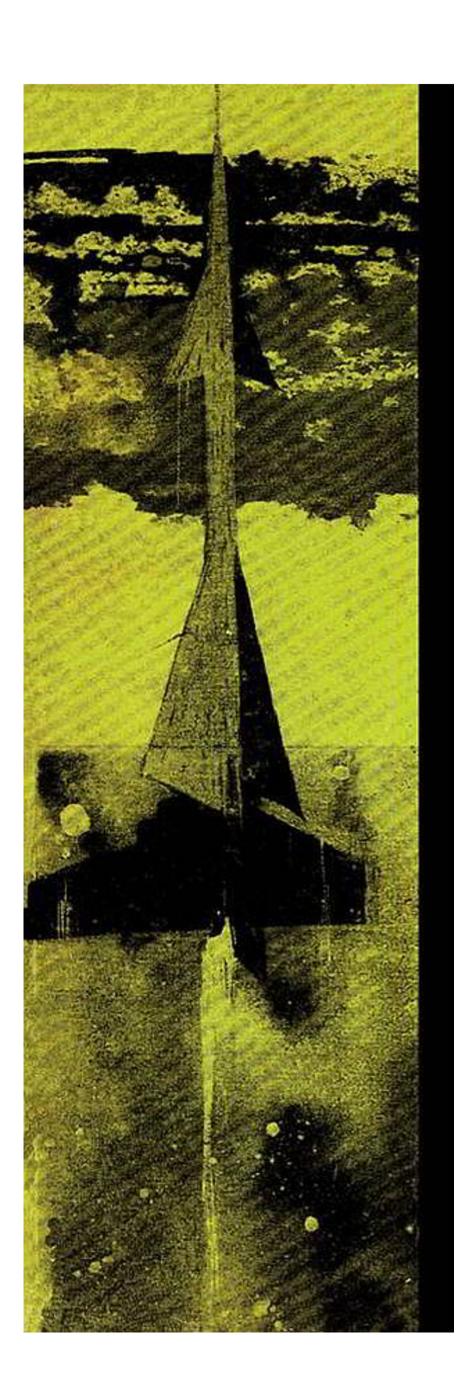
—Y la vida humana, en el planeta, quedará extinguida.

—Sí, pero no creo que haya muchas bajas. El gobierno ha organizado muy bien la evacuación por medio de los cronomóviles.

Mientras cruzaban el jardín, Peter DeMira meneó la cabeza y dijo:

—Si el profesor Hafpery no hubiese inventado las máquinas de trasladarse en el tiempo, no sé qué sería ahora de nosotros, Clara.





Próximo número:

Allí no había nadie y, sin embargo, "aquello" era una...

CIUDAD OCUPADA

Autor :

LOUIS G. MILK

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.